LORRAINE COCÓ

Colección Bocaditos

BESOS de Cereza



LORRAINE COCÓ

Colección Bocaditos

BESOS de Cereza



Diseño de portada: Lorraine Cocó

Corrección: Violeta Triviño

Lectoras cero: Mónica Agüero

y Marisa Gallen

violetamtcorreccion@gmail.com

Maquetación: Mar Fernández

valeriemillerescribe@gmail.com

Colección Bocaditos

Dedicatoria

Esta historia está dedicada a todos aquellos que creen en el destino.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, como siempre, a mi grupo de encadenadas, que son las que me impulsan con su cariño, apoyo y mensajes pidiéndome más, a que escriba y siga dando vida a las abundantes historias que habitan en mi mente.

Y a ti, lector, que me has elegido entre tantos autores y obras maravillosas para compartir conmigo esta historia que espero atesores en el corazón.

CAPÍTULO 1

Llegaba tarde al trabajo por segunda vez esa semana, y solo era miércoles. Sabía lo que Roger le diría en cuanto la viese entrar por la puerta del establecimiento en el que transcurría gran parte de su tiempo. Pero, a pesar de que la idea de comenzar la jornada con una de las miradas austeras de su jefe no era nada apetecible para ella, tenía que hacer una última parada antes de llegar a su destino final.

Apretó el paso haciendo que la falda del uniforme amarillo se le enredara entre los muslos. No hacía buen día; nublado y con un desagradable viento que obligaba a su cabello color chocolate a permanecer más tiempo sobre su rostro que enmarcando el mismo. Por lo menos el uniforme conjuntaba estupendamente con sus botas azul turquesa con un lacito impreso, amarillo también. Y para aquel día especialmente inestable y húmedo de otoño las botas eran imprescindibles.

Una nueva ráfaga de viento levantó las hojas rojizas, color teja y mostaza que caían de los prunus del parque frente al que se encontraba el *Stars, coffee and blues*, la cafetería en la que trabajaba. Las hojas comenzaron a bailar en torno a sus pies, sonrió feliz de presenciar el juego de colores y se apartó un mechón de cabello de los ojos. Pisó un charco de agua y saltó, evitando tropezar con el patinete de un chico que acababa de perder el control cayendo a un par de metros de ella. El chico se levantó avergonzado, mirándola, y ella le guiñó un ojo, lo que hizo que se ruborizara aún más. Se acercó al pequeño kiosco de golosinas blanco y rojo en la acera y miró a la

mujer que lo llevaba con gesto esperanzado.

—¡Dime que hoy sí los tienes! —añadió en tono suplicante. Sus enormes ojos castaños expresaron todo el anhelo que guardaba su corazón por conseguir su preciado capricho.

La mujer sonrió, iluminando su rostro redondeado de piel olivácea.

—Has tenido suerte, bonita. Me queda uno.

—¿Uno?... Bueno —resopló—, algo es algo —dijo conformándose. Los hoyuelos de sus mejillas se intensificaron anticipando el placer que experimentarían sus papilas en cuanto pudiese disfrutar de su anhelado caramelo.

Estaba enganchada a los caramelos de cereza con palo. No sabía muy bien cuándo había comenzado aquella fijación, porque ni de niña se había sentido especialmente tentada por los dulces, ni siquiera por las golosinas con su variedad de sabores y brillantes envoltorios. Pero desde hacía unos años los buscaba por todas partes. Tomó el Kojak y pagó a la tendera sin perder tiempo. Vio que Roger, en la puerta del local, ya la esperaba con cara de malas pulgas, cruzado de brazos y con el trapo de secar la vajilla colgado de la cinturilla de sus pantalones bajo una prominente tripa que no tenía forma de ocultar. Metió el caramelo en el bolsillo de su uniforme junto a la chapa que la identificaba con su nombre como empleada de la cafetería y cruzó la calle, corriendo al encuentro de su malhumorado jefe.

—Andrea…

—Sé que llego tarde —lo interrumpió antes incluso de llegar hasta él—, pero también sabes tú que soy la primera en hacer horas

extra cuando lo necesitas. Y no te sienta nada bien fruncir el bigote. Los clientes van a pensar que has comido algo en mal estado —terminó el discurso junto a su oído. Le dio un beso zalamero en la mejilla y pasó por su lado en dirección a la barra a toda prisa. Tomó su delantal blanco y saludó a Penny, su compañera de barra en la cafetería aquella mañana, mientras lo ataba a su espalda con una lazada.

A su vez, Roger, en la puerta, apenas era capaz de disimular la sonrisa que se paseaba por sus labios bajo el bigote.

—Llegas tarde —le hizo notar Penny, aunque su tono no mostraba enfado—. Te dije que ocuparte del enano te complicaría la vida—añadió pasándose el dorso de la mano por la frente para apartarse un mechón rubio del rostro.

—«El enano» es mi sobrino —dijo sacudiendo la cabeza, y decidió cambiar de tema. Le caía bien Penny, pero a veces era de lo más cruda en sus comentarios. La vio encogerse de hombros y continuó—: ¿Has tenido mucho trabajo?

—Un grupo de yupis exigentes con prisa por hacerse con su café para llevar. Nada nuevo. Pero me habría venido bien tu derroche de sonrisas matinal para aplacar los ánimos.

Andrea sonrió haciendo honor a sus palabras y salió del mostrador para recoger las tazas vacías de una de las mesas. Las dejó sobre la barra desde fuera con la intención de seguir recogiendo cuando su compañera le dijo:

—Pero no te alegres tanto. Me voy a fumar un cigarro y te dejo con el tío raro de la mesa siete. Lleva media hora ahí sentado y aún no

se ha decidido —añadió señalándolo.

Andrea miró hacia la mesa indicada, pero tardó unos segundos en ver al cliente, ya que las chicas que ocupaban la número seis decidieron que aquel era el mejor momento para levantarse de sus asientos y abandonar el local. Observó a su compañera hablando con Roger y volvió a dirigir la vista hacia la mesa y entonces se encontró con la mirada aguamarina, intensa e inolvidable de aquel hombre.

El corazón de Andrea se precipitó en una carrera incontenible. Percibió que el aire que intentaba respirar se volvía pesado y comenzaron a sudarle las manos, que apoyó en el mostrador para mantener el equilibrio, girándose y dándole la espalda. Cerró los ojos intentando mantener el control de sus sentidos alterados, y las imágenes comenzaron a sucederse en su mente como una película antigua, en blanco y negro.

Estaba en un armario. Oscuro. La habían metido allí con los ojos vendados, por lo que no tenía ni idea de lo que había en el interior, pero olía a antipolillas y zapatillas de deporte, hasta que entró él. Oyó el chasquido de la apertura de la puerta a su espalda y se giró. Sintió otra presencia, el aroma de una colonia masculina y cerrarse de nuevo la puerta entre las risas que se oían desde el exterior. Estuvo tentada de salir del armario corriendo como una cobarde, pero se detuvo solo pensando que allí afuera el resto de los chicos de su clase la tacharían de eso mismo.

Era la primera vez que la invitaban a una de las fiestas de cumpleaños de las populares de la clase, en su segundo año de

instituto. Y todo había ido bien hasta que decidieron empezar con el juego de los besos. Ella no había besado todavía a ningún chico y no le apetecía en absoluto empezar esa noche, menos aún cuando la botella de cristal la señaló a ella como la primera en entrar en el armario. No tenía ni idea de quién sería el elegido, pero ninguno de los presentes le había llamado especialmente la atención. Por lo que su primera reacción al sentir que el otro ocupante del reducido espacio se aproximaba a ella, fue levantar los brazos para detenerlo, apoyando los antebrazos en su pecho, clavándole los codos.

Él no dijo nada, se limitó a posar las palmas de sus manos más grandes, cálidas y suaves, sobre las suyas. El contacto fue sutil, pausado y hasta excitante. Lentamente, el chico fue subiendo desde sus manos recorriendo parsimoniosamente sus brazos. Cada centímetro de su piel erizada y expuesta. Andrea contuvo el aliento cuando llegó a su cuello. Las yemas de sus dedos acariciaron a tientas los mechones del cabello que enmarcaban su rostro. La piel le olía a jabón y primavera. Lo sintió aproximarse un pasito más, hasta que el espacio entre los dos fue prácticamente nulo. El aliento cálido y dulce de él le acarició los labios justo antes de que ella entreabriese los suyos sumida en una mezcla de sorpresa, deseo y nervios.

Tal vez debía marcharse. No conocía a ese chico de nada. No sabía ni su nombre e iba a dejar que él fuese el que le diese el primer beso. Tenía que marcharse, pero nada en el mundo habría conseguido que lo hiciera después de haber sentido sus manos rodear su rostro con ternura y posar sus labios sobre los de ella.

Apenas fue un tibio contacto. Lento, suave y efímero, como el

aleteo de una mariposa. Pero fue consciente de cómo hasta el último átomo de oxígeno de sus pulmones abandonaba su cuerpo. Y él volvió a posar sus labios en los de ella. Los percibió plenos, cálidos y exquisitos, hasta que tentó su boca con la lengua. Al principio se vio sorprendida, pero al instante quiso explorar su sabor.

Cereza.

Sabía a cereza. Dulce y sublime Kojak de cereza. Sus lenguas se acariciaron y saborearon unos segundos eternos en los que el tiempo pareció detenerse. Y entonces, la puerta del armario se abrió y la luz se encendió súbitamente.

Sin pensarlo se apartó de él y ambos se quitaron las vendas con apremio mientras los chicos de fuera reían y hacían todo tipo de bromas. Se perdió en la inmensidad de la mirada verde e intensa de aquel chico de cabello castaño y labios de caramelo mientras sus mejillas comenzaban a arder marcadas a fuego. Él intentó detenerla tomándola por el brazo, pero salió corriendo de allí sin mirar atrás. Avergonzada y confusa.

Días más tarde, una compañera le dijo que era el primo de la chica del cumpleaños, que estaba de visita en la ciudad y llegó en aquel momento a la fiesta. Nunca supo su nombre, jamás volvió a verlo, pero no había conseguido olvidar su mirada, la forma de tocarla, el sabor dulce de sus besos.

Consciente por primera vez de la forma en la que había estado recreando su recuerdo con los Kojak, se llevó la mano al bolsillo de su uniforme, pero en ese momento, desde atrás, alguien tiró del palo de su caramelo sacándolo de su escondite.

Andrea inhaló profundamente y se giró con lentitud para ver como él, a su espalda, liberaba el caramelo de su envoltorio y lo introducía en su boca de labios perfectos.

El guapo chico que la había besado en aquel armario se había convertido en un hombre de arrebatador atractivo que la miraba con sonrisa complacida y enigmática, y sus neuronas entraron en shock.

—Ese caramelo es mío. —Formuló la protesta en un susurro.

Él sonrió, lamió con gusto el dulce y lo sacó de entre sus labios justo antes de decirle.

—Pienso devolvértelo, Andrea, con besos de cereza.

CAPÍTULO 2

—¡Hip! —Andrea se llevó la mano a la boca, para cubrirla avergonzada, al tiempo que daba un paso atrás chocando contra la barra. Cada vez que se ponía muy nerviosa le entraba hipo. Un gesto que la abochornaba aún más, si es que se podía estar más roja que ella en ese momento.

Estaba allí, él estaba allí. No era producto de su imaginación, ni un sueño recurrente, ni una ida de olla total. El chico que en su día le había robado el primer beso estaba frente a ella haciéndole proposiciones… ¿indecentes? Aún sabiendo que no estaba dormida, se pellizcó el antebrazo con disimulo, para asegurarse. Pero excepto la seguridad de haberse agenciado un buen moretón, nada cambió: él siguió allí. Lo vio ladear la cabeza, mientras desplegaba una sonrisa perezosa cargada de curiosidad y diversión. Fue, literalmente, como un azote para sus sentidos. Y ella, como una estúpida, volvió a hipar.

—Perdón, ¿estás bien? Siento haberme presentado así… en tu trabajo. Owen me dijo que trabajas aquí y como yo también lo hago cerca, pensé en acercarme antes de la cita, y así poder intercambiar impresiones.

—¿Owen? ¿Mi hermano Owen? —La incredulidad fue más que evidente en su gesto. Un hipido más y se llevó la mano a la boca para cubrírsela.

Andrea arrugó la frente en un gesto de desconfianza al escuchar sus palabras, tan atónita como alucinada por cuanto salía de la boca de ese hombre. ¿Qué tenía que ver su hermano en ese extraño

encuentro? ¿Le había organizado una cita a ciegas con el tipo con el que se dio el primer beso, y justo en ese momento, en el que su vida se había complicado considerablemente por ayudarlo? ¿Estaba segura de no haber perdido la cabeza y no estar delirando? Todas aquellas preguntas y algunas más, se agolparon en su mente haciéndola creer que hasta oía voces formulándolas, y levantó ambas manos, mientras se giraba para distanciarse de él.

—Mira, no sé lo que te ha contado mi hermano, al que puedo asegurar que estrangularé en cuanto vuelva de su viaje, pero no tengo una vida privada tan ridícula como para aceptar que me organicen citas…

—Yo no he… —quiso intervenir él, pero estaba embalada. Se sentía tan avergonzada que quiso dejar bien claro que no era de ese tipo de mujeres.

—Que viva sin ni siquiera un gato, no me convierte en una solterona —siguió ya detrás del mostrador y empezó a recoger las tazas sucias que había en él para evitar tener que mirarlo a los ojos. Tan solo levantó la palma de su mano para impedir que volviese a hablar y la interrumpiese—, solo en persona que, en estos momentos, está bastante ocupada. Tampoco quedo con hombres a los que no conozco y no estoy interesada en tus… —carraspeó antes de pronunciar sus siguientes palabras—… besos de cereza. ¡Hip!

«¡Maldita sea!», pensó. Si al menos pudiese defender su integridad sin parecer boba, soltando ruiditos estúpidos a cada frase… Se pasó una mano por el pelo, apartándolo del rostro y levantó la barbilla intentando exhibir un orgullo que no sentía. Cuando él volvió

a mostrarse divertido, curvando hacia arriba las comisuras de sus increíbles labios, lo fulminó con la mirada.

—Creo que me has entendido mal.

—Ah, ¿sí? ¿Eso crees? —preguntó convencida de que solo intentaba dárselas de listo. Aguantó la respiración antes de soltar otro ruidito.

—Totalmente. Tenía que haber empezado por presentarme. Soy Kyle, Kyle Paterson.

Ensanchó la sonrisa al tiempo que le ofrecía la mano para formalizar la presentación. Y Andrea supo que él creía que su nombre tenía que significar algo para ella.

Pero no.

Durante los últimos quince años se había preguntado alguna vez, media o una quincena de veces a lo sumo, cómo se llamaría el chico que le había dado el mejor beso de su vida, pero nunca tuvo la oportunidad de saberlo. Así que no entendía cómo su hermano, al que no había contado esa historia jamás, había podido dar con él y organizar todo aquello. Aunque no era la primera vez que su hermano o su cuñada le preparaban citas, aquello le pareció el colmo. Miró la mano aún extendida durante un segundo, sabiendo que tocarlo sería el mayor de lo errores.

—Lo siento, no quiero ser grosera, pero no tengo la menor idea de quién eres —espetó, deseando que su brusquedad borrase la sonrisa de aquellos labios carnosos. Y, efectivamente, lo consiguió. Él bajó la mano, lentamente y ella soltó el aire en un pequeño suspiro.

—¿En serio? ¿Owen y Gabriela no te han hablado de mí y de…?

No lo dejó terminar.

—No lo han hecho —dijo tomando un trapo, dispuesta a zanjar la conversación yendo a limpiar las mesas—, y de haberlo hecho, me habría negado rotundamente. Ya te he dicho que no creo en este tipo de citas —añadió con una mueca—, son una pérdida de tiempo y energía. Las cosas no se fuerzan.

Se encogió de hombros y, pasando por su lado, comenzó con su labor de limpieza. Kyle la observó frotar vigorosamente la superficie metálica de una de las mesas más cercanas, esforzándose por dejarle claro su desinterés. Volvió a introducir el Kojak en su boca para saborearlo mientras meditaba sobre lo ocurrido, apoyado en la barra.

Owen le había asegurado que todo estaba arreglado, que explicaría a su hermana todo con detalle y que nada cambiaría, aunque su mujer y él hubiesen tenido que salir de viaje con urgencia, por asuntos humanitarios. Los admiraba, eran una gran pareja. Apenas hacía unos meses que los conocía, pero desde su primer encuentro, se había percatado de los valores y entrega que dedicaban a su trabajo y familia. Ambos eran cirujanos en el New York Presbyterian Hospital y tras el último y devastador huracán en el Golfo de México, ambos habían marchado a ayudar como voluntarios a las múltiples víctimas. La noticia no le había sorprendido, como tampoco que hubiesen encontrado una solución al trato que tenían con él antes de marcharse.

Le había dicho la verdad a Andrea, se había acercado hasta allí con el fin de conocerse antes del encuentro para hacer las cosas un poco más fáciles y naturales, pero en ningún momento había esperado una negativa por su parte. Y tampoco podía marcharse dejando las

cosas así. No había ido hasta allí por ella, aunque no iba a negar que al verla se había sentido un hombre con suerte. Aun así, se había escapado del trabajo, cuando su mesa rebosaba de casos de clientes que debía revisar antes del mediodía. Había estado esperándola cerca de media hora y no podía alargarlo más.

Se acercó a ella por la espalda y le dio un golpecito en el hombro. Cuando se giró y clavó en él su expresiva mirada castaña, tiró del palito del caramelo que sostenía entre los labios y con la otra mano sacó su cartera del bolsillo. Andrea registró sus movimientos con expectación.

—Habla con tu hermano y llámame después —le dijo entregándole una tarjeta de visita.

—Pero ya te he dicho que yo no…

Él sonrió como si lo que fuese a decirle no importase.

—Espero tu llamada —finalizó Kyle y sin aguardar que contestase con otra negativa, volvió a introducir el Kojak en su boca, y se marchó del local.

Andrea lo vio salir, alucinada. Y luego miró la tarjeta, prueba evidente de que no se había vuelto loca y aquella absurda escena acababa de pasar, pero antes de poder maldecir a su querido hermano por lo que había hecho, volvió a hipar.

CAPÍTULO 3

—¿No contestan? —La voz de su sobrino hizo que apartase la vista de la pantalla del móvil. Negó con la cabeza forzando una sonrisa, pues estaba segura de que Nico tenía más ganas aún de hablar con sus padres que ella, cuya conversación tendría explícita una bronca por haberse entrometido en su escasa vida privada al buscarle una cita.

Le revolvió el largo flequillo cuando el pequeño rostro de su sobrino bajó hasta que la barbilla le tocó el pecho, en un gesto claro de pena. Sabía que no le gustaba que sus padres viajasen y que los echaba de menos, pero como «la tía divertida» su misión era la de borrar todas las preocupaciones de su mente y hacer que aquellas semanas fueran lo más llevaderas para él. Le dio un beso en la frente e hizo que la mirara. Sus maravillosos ojos color miel, la dejaron absorta por un momento.

—¿Qué te parece si cuando te recoja nos vamos a tomar un helado? —propuso con su gesto más pícaro y travieso, lo que consiguió que Nico sonriera imitándola. De repente su semblante cambio.

—No deberíamos...

—¡Claro que sí! Podemos hacer todo lo que queramos. ¿Tú ves por aquí a la poli de los helados? —Miró a un lado y a otro como si la buscase de verdad.

—¡Tía Andy!, la poli de los helados no existe, y no soy un bebé, tengo siete años. Esas cosas ya no cuelan conmigo.

Andrea arrugó los labios en una mueca.

—Perdón, es que me cuesta creer que te estés haciendo un hombre. Los adultos son aburridos, ¿sabes? No tenía yo muchas ganas de verte como a uno de ellos —dijo con cara de asco.

—Sabes que eres una adulta, ¿verdad? —La risa de su sobrino fue tan contagiosa como refrescante.

—¡Maldito enano traidor! —lo acusó volviendo a revolverle el pelo, pero consiguió justo lo que quería, que volviera a reír.

Estaban dentro de su pequeño coche, frente a la puerta de la escuela privada en la que estaba matriculado su sobrino, y no quería dejarlo frente a aquella fachada austera e imponente sumido en la tristeza que llevaba a cuestas, como su mochila, desde la marcha de sus padres. Pero las risas cesaron cuando unos golpecitos en el cristal de su ventanilla, los sorprendieron. Se giró, con la risa aún bailando entre los dientes, hasta que vio quién había osado interrumpir ese momento especial.

—¡Señorita Walsh! —repitió la mujer mientras seguía golpeando de manera tan persistente como irritante su cristal, a pesar de saber que ya le prestaba toda su atención.

Andrea bajó la ventanilla, usando los eternos segundos que tardaba el viejo trasto de su coche en realizar aquella tarea, en forzar la más tensa y falsa de sus sonrisas.

—Buenos días, señora Watson —dijo a la directora del centro. Una mujer cuyo rosto parecía pintado sobre papel de lija, no solo por su aspecto poroso sino por la rigidez de sus gestos, casi cortantes—, Nico estaba a punto de entrar. No se preocupe, que no llegará tarde.

La mujer la observó con gesto contrariado.

—Querrá decir que no llegarán tarde… —Cuando leyó en su rostro que no entendía su insinuación, puntualizó—. Ambos. No llegarán tarde ambos. Sabiendo que es la primera vez que asiste usted a las tutorías especiales de Nico, me he visto en la obligación de esperarla en la puerta para guiarla. En esta escuela nos tomamos muy en serio que los alumnos sigan los programas.

—¿Tutorías especiales? —preguntó Andrea a su sobrino entre dientes, girándose hacia él.

—Papá te lo dejó escrito todo en un dosier —le explicó el pequeño, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Sacudió la cabeza. El dosier, el maldito dosier. Sí, recordaba que su precavido y ordenado hermano le había enviado por correo un dosier que ella no se molestó ni en abrir. Le parecía de lo más exagerado redactar un informe para encargarse del cuidado de su sobrino. ¡Era un niño, por el amor de Dios! De hecho, le pareció que incluso a su sobrino le vendrían bien unas cuantas semanas con un ambiente algo más relajado y flexible. A veces Nico le parecía demasiado serio, un niño encorsetado en el traje de un adulto.

No, no había leído el maldito dosier, y por lo visto tenía que haberlo hecho, o al menos, ojearlo, y así no se encontraría en esa situación, teniendo que entrar en el colegio para una «tutoría especial» cuando en apenas veinte minutos empezaba su turno en la cafetería. Y aquello le suponía el siguiente problema: iba vestida con su uniforme amarillo del trabajo, que sobresalía bajo su chaqueta, y sus llamativas botas de agua turquesas.

—Está bien, vamos a allá —le dijo a su sobrino abriendo el seguro de su puerta para que pudiera salir. Después miró a un lado y a otro para ver a todos aquellos padres trajeados y madres vestidas como si fueran a reunirse con el consejo de administración de un banco, y salió por su puerta.

No quería abochornar a su sobrino y lo miró de reojo cuando este llegó a su lado tras rodear su tartana de coche. Esperó a ver cómo reaccionaba, y cuando le dio la mano con su habitual sonrisa, respiró sintiéndose un poquito aliviada.

—Gracias por salir a recibirnos, señora Watson, es usted muy amable y considerada —le dijo aparentando formalidad, pero la respuesta de la mujer fue un leve asentimiento antes de girar sobre sus talones para guiarlos hacia el interior.

Seguir el paso marcial de aquella mujer era casi imposible, así que, a los pocos segundos, ya les llevaba un par de metros de ventaja.

—¿Por qué necesitas tutorías especiales? Eres el chico más inteligente que conozco —se agachó para susurrar a su sobrino.

—No conoces a muchos chicos, tía Andy.

—Pero los he conocido a lo largo de mi vida. Como tu padre, que siempre fue un listillo.

Nico apretó los labios para no irrumpir en carcajadas.

—Confiesa, ¿has hecho alguna trastada? ¿Tengo que enfrentarme ahora a un comité de castigo?

—¡Claro que no! Y no es culpa mía. Es esa niña, Sophie. Es odiosa y se mete conmigo…

Andrea elevó una ceja, pero no tuvo tiempo de indagar más

porque acababan de llegar al despacho de dirección. Y en cuanto se abrió la puerta del despacho, supo que sería la visita a aquel cuarto de torturas más espantosa de su vida.

CAPÍTULO 4

—¡Otra vez tú! ¿Qué diablos te pasa? ¿No entiendes una negativa? ¿Eres algún tipo de acosador o qué? —le dijo con mirada altanera, levantando la barbilla.

—Yo… —empezó a decir Kyle sumamente sorprendido mirando a todos los presentes.

—Yo… yo… —repitió ella con cierta burla.

—Papá, ¿estás acosando a esta mujer? —La vocecita aguda y resuelta de una niña salió de detrás del hombre. Y padre e hija, tomados de la mano la miraron interrogativamente.

Andrea sintió cómo se descomponía su rostro en ese mismo instante. No sabía que iba con una niña, con su hija… Y acababa de saltar como una energúmena. Aunque en su defensa, si tenía alguna, podía alegar que desde que lo vio el día anterior en la cafetería no había hecho más que pensar en él y recordar el beso… ese beso.

Él aprovechó que ella se había quedado sin palabras para intervenir.

—Por supuesto que no cariño, aquí nadie está acosado a nadie —explicó a su pequeña—. Creo que la señorita Walsh solo se ha sorprendido al verme aquí.

—¿Y por qué iba a sorprenderse si aquí es donde hacemos las tutorías especiales? —volvió a preguntar la niña mirándolos alternativamente. Algo en su mirada inquisitiva le recordó a la Andrea de hacía un par de décadas. La situación era tan absurda que posó una mano en su frente y sonrió con nerviosismo.

—Pues eso deberíamos preguntárselo a ella —oyó que respondía a su hija y que, en ese momento, todos los presentes giraban sus rostros y la miraban de forma interrogativa.

Por la expresión, Andrea habría jurado que la señora Watson se moría por reprenderla como si fuera uno más de sus alumnos. Nico y Sophie estaban perplejos, otra mujer allí presente observaba la escena, impávida, como si fuese una planta decorativa. Y Kyle… Bueno, Kyle habría conseguido engañarla con su gesto de preocupación si no hubiese sido por la ligera elevación de la comisura de su labio inferior. Disfrutaba de su turbación. Y ella quería que se la tragara la tierra. Estaba claro que todos sabían lo que hacían allí, excepto ella.

«El maldito dosier», pensó, y se golpeó mentalmente la frente. Tenía que hacer algo, pero estaba en clara desventaja y no tenía muchas opciones de salir airosa. Finalmente, presionó los deditos de su sobrino dentro de su palma y se dirigió a la directora.

—Señora Watson, no quiero hacerles perder el tiempo, pero necesito un par de minutos a solas con Nicolas antes de continuar. Si nos disculpan… —No dio tiempo a que la corrigieran y, tirando ligeramente del brazo del niño, lo hizo salir junto a ella del despacho. Después cerró la puerta a su espalda, regalando una sonrisa de disculpa a los que dejaba en el interior.

—¡Tía Andy! ¿Qué pasa?

—Eso dímelo tú. ¿Por qué un cerebrito como tú necesita tutorías especiales? Y, ¿qué hace… esa gente ahí? —terminó por preguntar para no nombrar directamente a Kyle.

—Es por Sophie. Somos archienemigos —repuso encogiendo la

mirada mientras la dirigía a la puerta, como si pudiera taladrar a la niña con rayos X a través de ella.

—¿Archienemigos? —Andrea rio, y al darse cuenta de que los rayos X de su sobrino se dirigían ahora directamente hacia ella, apretó los labios con fuerza para detenerse—. Está bien, está bien. Vamos por partes, ¿cómo puedes tener una archienemiga con solo siete años?

Nico puso los ojos en blanco en un ademán que no le había visto hasta el momento, como tampoco cruzarse de brazos, antes de hablar con solemnidad.

—Tuvimos un par de enfrentamientos en la feria de ciencias. En mi defensa diré que si ella no hubiese saboteado mi sistema de refrigeración yo no habría hecho estallar su huerto vertical autosuficiente…

Andrea lo miró ojiplática.

—Y ahora tenemos que hacer tutorías especiales todas las semanas para «limar nuestras diferencias». Así es como lo llama la señorita Maple, la orientadora. Pero todos sabemos que solo quieren que no la fastidiemos en la feria estatal de ciencias, porque ambos competimos en nombre de la escuela por el premio Pequeñas Grandes Mentes de la Ciencia.

Andrea comenzó a asentir lenta y repetidamente mientras en su cabeza encajaban las piezas que daban sentido no solo a aquella escena, sino a la del día anterior en la cafetería, con el padre de la archienemiga de su sobrino. Se había comportado como una autentica lunática.

Pero, ¿quién habría podido imaginar una casualidad como

aquella?

Mientras, en el despacho, Kyle sintió cómo se clavaban en él las miradas de las tres mujeres que ocupaban aquella habitación. Aunque la única que le importaba era la de su hija, cuyos ojos azules y curiosos intentaban leer en su rostro una aclaración a la declaración de Andrea. ¿Y cómo podría explicarse? Sí, había sido ella la que había entrado en el despacho lanzándole acusaciones como una escopeta, pero en su descargo, tenía que reconocer que su comportamiento el día anterior no había sido del todo correcto.

Jamás se habría podido imaginar que la hermana de la que tanto le había hablado Owen sería la misma chica de la que se había quedado colgado, tras un beso en un armario, en su último año de instituto.

Habían pasado muchos años, quince en realidad. Y tras el fugaz encuentro, lo lógico habría sido haber borrado el episodio de su recuerdo, pero no había sido así. No se había pasado los años pensando en ella, eso habría sido ridículo, pero sí había rememorado el suceso, alguna que otra vez.

Él no tenía que haber estado en esa fiesta. Estaba de visita por unos días en la ciudad, y esa tarde fue a casa de su prima, a la que sacaba casi tres años. Solo bajó a aquel sótano porque su tía le pidió que echara un vistazo para saber qué estaban haciendo aquellos críos de segundo. Ni siquiera recordaba cómo había terminado en el interior de aquel armario. Solo el tacto de las mejillas de la chica, que tembló ligeramente al tocarla, la forma en la que se erizó su piel, el

aroma de su cabello, su aliento cálido frente a los labios y después el beso. Un estallido para sus sentidos que despertaron a una necesidad que no había experimentado hasta el momento. Pues quiso más, explorar más, probar más, sentirla más. Sin embargo, tan rápidamente como había comenzado todo, se había acabado. La puerta se abrió, las luces se encendieron y todos los miraron y rieron. La mirada sorprendida de Andrea se grabó a fuego en su mente justo antes de que saliera despavorida de allí.

En los dos días que le restaron en la ciudad solo consiguió averiguar su nombre de pila, pero después tuvo que marcharse y aquel maravilloso momento se transformó en un recuerdo que de vez en cuando se empeñaba en volver a su mente… Hasta que la vio entrar en la cafetería la mañana anterior.

Llevaba un rato esperando impaciente a la hermana de Owen, que se estaba retrasando en su hora de entrada al trabajo. No le gustaba la impuntualidad y él tenía mucho que hacer aquella mañana. Había pensado ya en marcharse cuando la observó detrás de la barra sonreír a su compañera. Algo hizo que se quedara hechizado un segundo, registrando sus movimientos. La vio apartarse un mechón de cabello, colocándoselo tras la oreja, y alzar la vista para recorrer la sala.

Y ese fue el momento en el que el tiempo se detuvo para él.

Era ella. No un espejismo, ni un recuerdo, ni otra chica que se la recordara de alguna manera. A pesar de los años que habían pasado y de que era más que evidente que la chiquilla que había besado en aquel armario ya era una mujer, la reconoció.

Y entonces supo que nada evitaría que se acercase a ella. Lo de provocarla robándole el Kojak, las insinuaciones, las sonrisas y apreciar su nerviosismo, habían sido un placer inesperado. Le sorprendía que ni Owen ni su mujer le hubiesen explicado la situación con los niños, pero estaba claro que ella no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, y debía echarle una mano.

—Señoras… vuelvo en un segundo —decretó, y él también salió por la puerta abandonando el despacho.

CAPÍTULO 5

La puerta del despacho se abrió de improviso y Andrea, que se había agachado a la altura de su sobrino para no perderse ni una letra de su declaración, se enderezó con rapidez al sentir como esta golpeaba en su trasero. Vio salir a Kyle y su pulso se aceleró al tiempo que su mente, a toda velocidad, empezaba a pensar la forma de enfrentarse a él. Había metido tanto la pata que salir triunfal de la situación era imposible.

—Siento la interrupción, pero ahí dentro se están impacientando. —La sonrisa sincera del hombre la confundió, pues era lo último que esperaba después de las acusaciones que había vertido sobre él delante de la directora y sobre todo de su hija—. Nico, ¿me dejas hablar un segundo a solas con tu tía?

Como si de una niña asustadiza se tratara, Andrea dio la espalda a Kyle, abrió mucho los ojos y, negando disimuladamente, suplicó a su sobrino que no se marchara.

—Claro, señor Paterson —oyó decir al muy traicionero, y mentalmente retiró su ofrecimiento de invitarlo a helado cuando lo recogiera tras la escuela.

—Gracias, eres muy amable—repuso Kyle al niño mientras le abría la puerta para cerrarla tras él un segundo después.

Andrea temió que los nervios la hicieran hipar nuevamente y decidió comenzar a hablar antes de que eso pasase.

—Mira, lo siento. Lo siento mucho. Me temo que a veces no filtro. —Se señaló alternativamente la sien y la boca con una mueca

de disculpa—. Es un fallo de programación. No sé, me ocurre desde niña. Y cuando te vi en la cafetería…

—A mí me pasó los mismo —la interrumpió él, avanzando hacia ella.

En la mente de Andrea sus neuronas empezaron a cortocircuitarse. ¿Qué le estaba diciendo? ¿La había reconocido? ¿Recordaba el beso entre ellos? Pero cuando él levantó una mano y tomó entre sus dedos un mechón de su cabello para observarlo embelesado, el gesto la pilló tan de sorpresa que se quedó petrificada. Contuvo el aliento y entonces el aroma a jabón de su piel, mezclado con el de su colonia, invadió sus sentidos haciendo que volviese a sumergirse en ese recuerdo, justo en el que no debía caer en aquel momento. El ambiente se llenó de intimidad, una sensación cálida y palpitante, magnética, eléctrica, impaciente.

—¿No te parece increíble, después de tantos años? —La voz grave y aterciopelada de Kyle la devolvió a la realidad.

—Sí, sí… sorprendente. Si nos referimos a…

—Al beso.

Andrea sonrió por los nervios.

—Y lo siento.

Su gesto cambió radicalmente. ¿Se disculpaba por el beso? ¿Por el beso más alucinante que le habían dado en su vida?, se preguntó, sin saber si le gustaba la disculpa.

—Podemos hablar de ello cuando salgamos de aquí, quizás con un café…

—No es necesario —repuso ella rápidamente. Lo último que

quería era una justificación que empañara aquel recuerdo. La haría sentir abochornada—. Además, no me gusta el café, y…

No tuvo ocasión de terminar la lista de excusas que se iban amontonando en su boca porque su teléfono sonó.

—Perdona —se limitó a decir tomando el aparato del bolsillo de su chaqueta, cogió la llamada y se giró, buscando algo de intimidad.

Al otro lado de la línea escuchó la voz de su jefe cargada de impaciencia. Miró su reloj de pulsera calculando el tiempo que llevaba de retraso y se preparó para la bronca.

—Lo siento, jefe… Sí… lo sé… Sabes que no soy así, es por el tema de mi sobrino. Estoy en la escuela, Nico tenía una tutoría especial de la que no sabía nada y… —Tuvo que detenerse a escuchar —. Lo sé, lo sé. Voy en cuanto pueda. —Colgó el teléfono dejando que cayeran sus hombros con pesadez.

—¿Problemas?

Andrea cerró los ojos con fuerza antes de volverse hacia él con una sonrisa.

—Contratiempos, más bien. No ha sido tan malo como esperaba. Pero la culpa es mía, tenía que haber leído el maldito dosier que me ha preparado mi hermano y haberme organizado mejor para poder compaginar los horarios de Nico con los de mi trabajo, las clases…

—¿Tu hermano te ha preparado un dosier para cuidar de tu sobrino?

Andrea solo tuvo que mirar sus labios para saber que el tema le divertía.

—Supongo que eso no habla muy bien sobre sus esperanzas de

que hiciera un buen trabajo. Y, visto lo visto, tenía razón. No tenía ni idea de los problemas que tiene Nico con tu hija, ni lo de las tutorías especiales…

—¿Le has preparado la bolsa para el almuerzo? —preguntó él interrumpiéndola.

—¡Claro! ¡Y todo casero! —repuso a la defensiva—. No soy tan desastre.

Kyle rio con ganas y Andrea se dio cuenta de que solo intentaba tomarle el pelo, por lo que se relajó un poco y se permitió sonreír con él.

Tras unos segundos de compartir risas, ambos quedaron en silencio y la tensión volvió a instaurarse entre ambos. No era incomodidad lo que sentía sino nerviosismo y excitación, como si en cuanto sus miradas se cruzaban el entorno desapareciera para convertirse en aquel armario estrecho que contuvo el momento más apasionado de su vida.

—¿No deberíamos volver al despacho? —preguntó ella.

—No es necesario. En las sesiones suelen estar solo los niños. La señorita Maple dice que así se sienten más libres para expresar sus sentimientos. En contadas ocasiones se nos invita a los padres a participar.

—Ya entiendo…—repuso ella volviendo a mirar su reloj de pulsera con impaciencia.

—Esta no parece ser una de esas sesiones en las que se nos convoca, ¿por qué no te marchas al trabajo? Yo puedo hacerte un resumen esta noche.

Andrea estaba a punto de agradecer el ofrecimiento cuando comprendió que tendrían que volver a verse ese mismo día. Su cara de no entender un pimiento tuvo que ser más que evidente porque Kyle no tardó en explicarse.

—En la cena —Kyle esperó un segundo para continuar, cuando vio que ella abría los ojos como un cervatillo cegado por los faros de un coche—. Los jueves recojo yo a los niños de la escuela, por la tarde tienen que trabajar en su proyecto para el concurso…

—¡Oh, sí, el concurso! —se apresuró ella a repetir al reconocer en sus palabras algo de lo que estaba al tanto.

—Sí, participan juntos como equipo y cada jueves, y algún día más si les hace falta, quedan para trabajar en su proyecto.

—Definitivamente me leeré el maldito dosier hoy mismo. Está bien —accedió, sintiendo que era una pelota de goma en la orilla de la playa, meciéndose a gusto de las olas, sin poder hacer nada por controlar su destino—, supongo que en el dosier encontraré vuestra dirección.

—Y si no, siempre puedes llamarme. Espero que aún conserves mi tarjeta, aunque pensases que era un acosador.

Andrea sonrió mordiéndose el interior del moflete. Había sido un golpe bajo, pero se lo merecía, y él estaba siendo muy amable facilitándole las cosas. Aun así, no pudo evitar hacer de las suyas.

—Creo que podré rescatarla del cubo de la basura.

—Perfecto —sonrió él dejando que asomase un brillo especial a sus ojos—. Te esperamos a las siete.

—A las siete— repitió Andrea, y cuando se dio cuenta, él la

había acompañado hasta el pasillo y la había despedido.

CAPÍTULO 6

Acababa de comenzar su descanso y, en lugar de ir a la sala de empleados para tomarse un sándwich, Andrea se acercó al despacho de su jefe para recoger el dosier de su hermano que había impreso allí.

—¿Ese sobrino tuyo va con libro de instrucciones? —le preguntó Roger mientras ojeaba los folios que había tomado de la bandeja de la impresora.

—¡Claro que no! —lo defendió, aunque había sido lo mismo que había pensado ella al enterarse de que su hermano le había redactado el maldito informe—. Owen y Gabriela solo son protectores. Nico tuvo algunos problemas de salud cuando era bebé. Es su único hijo, es normal…

Tomó el taco de hojas de sus manos y se encogió de hombros antes de sentarse al otro lado del escritorio de su jefe. Lo primero que llamó su atención fue la cantidad de horarios que había destinados a las distintas actividades de Nico.

—Le he echado una ojeada así por encima, mientras almorzaba y… no te va a resultar nada fácil. La criatura es una especie de genio. Toca el piano, el violín, juega al ajedrez, al fútbol, y participa en concursos de ciencias. Tiene una agenda más apretada que la del Santísimo —dijo tomando de su cuello una medalla de oro y besándola.

Su jefe era napolitano, católico y ferviente admirador del papa.

—Roger, si lo que te preocupa es que no cumpla con mi trabajo…

—Desde el día que entraste por la puerta de mi establecimiento, lo último que me ha preocupado ha sido eso, Andrea —la interrumpió y por debajo de su gran bigote, asomó una bonachona sonrisa que podría competir con la de papá Noel.

Andrea apoyó la espalda en el asiento, más relajada. Ni quería ni podía perder ese trabajo, ya que gracias a él podía pagarse la escuela de hostelería y vivir en un humilde pero asequible y coqueto apartamento de un dormitorio. Su hermano se había ofrecido muchas veces a ayudarla, pero ella se negaba a depender de nadie y, aunque había accedido a mudarse a su casa las semanas que él y su mujer estuvieran fuera para que a Nico le resultase más fácil, necesitaba que cuando todo aquello cambiase, las cosas volviesen a su cauce.

—Pero… —ese «pero» la puso en alerta—, no creo que puedas con todo eso —añadió señalando el dosier—, y las clases y los horarios de la cafetería. Tampoco deberías hacerlo. La familia es lo primero —decretó en tono solemne.

—Y la labor que hacen mi hermano y mi cuñada, encomiable. Lo sé, y si me comprometo a poder con todo, es que puedo con todo.

—Ese es el problema, no tienes que hacerlo. Mira, ¿cuántos años llevas trabajando para mí? Cinco, seis…

Andrea sonrió.

—Solo cuatro. Pero ya veo que se te han hecho muy largos —apuntó con una mueca divertida.

—Lo que me ha parecido es que en poco tiempo te has hecho con un gran hueco en esta familia. Eres una más de entre nosotros. Y las familias se apoyan. No todo es trabajar, Andrea, y tú no te has cogido

ni unas vacaciones en este tiempo.

Fue a protestar y Roger levantó la palma impidiéndoselo mientras clavaba su mirada oscura en ella.

—Lo tengo todo aquí —aseguró señalándose con el dedo índice la sien derecha—. No he usado una agenda en toda mi vida, ni lo haré. Hace tres años me pediste una mañana libre para ir al médico. Y el año pasado unas horas para ir al funeral de tu casera. Nada más. Ni días libres, ni vacaciones ni cambios de turno para librar un fin de semana. Según mis cuentas, te debo…

—Jefe, no me debes nada. Además, igual necesito algún día cuando tenga los exámenes finales.

—*Peccata minuta* —repuso su jefe sacudiendo la mano, como cada vez que quería quitar importancia a algo—. Aun contando con esos días, te quedan semanas libres. Tómate las que te hagan falta hasta que regresen tu hermano y tu cuñada del Golfo de México. Tu sobrino te necesita. Y Penny dice que hace meses que no tienes una cita…

—¡Roger! ¿Tú también?

—Pequeña, me paso aquí todo el día y aun así tengo mis cenas los viernes con los chicos, y algunas citas esporádicas con un par de damas del barrio muy hermosas…

—¿Sales con dos mujeres?

—La vida es corta, y a mi edad no puede andar uno perdiendo el tiempo. Soy viudo, un tipo con buena apariencia, un negocio propio, y al parecer algún interés para el género femenino. —Andrea sonrió al ver su gesto orgulloso—. Pero tú no has salido con nadie en meses.

—Penny es una chismosa. No es tan grave. Solo estoy ocupada.

—Eso lo entiendo, pero ayer te vi con ese hombre que te dio su tarjeta. Era apuesto. Tenía buena planta, parecía un triunfador. Y me apostaría el bigote a que no le has llamado —dijo acariciándose el preciado mostacho.

—Kyle… —dijo con pesar.

—¿Lo llamaste?

Andrea estuvo tentada de decirle que sí solo para ver su cara de horror al pensar que debía afeitarse. Que no fuera ella la única que sufriera con aquella conversación. Pero finalmente decidió sincerarse. Roger era demasiado bueno para hacerle eso.

—No lo llamé. Y tampoco está interesado en mí. Vino porque es el padre de una compañera de Nico, su archienemiga al parecer, y los niños tienen que realizar tutorías y actividades juntos. Solo quería que nos conociéramos para hacer las cosas más fáciles para los niños.

Roger se acarició el bigote muy pensativo.

—Ya veo, ya. ¿Y está casado?

—Pues… pfff… —Cortocircuitada otra vez no supo qué contestar. Había dado por hecho que sí. ¿Cómo no lo iba a estar un hombre como aquel?—. Tiene que estarlo. Seguro que lo está —dijo más para convencerse a sí misma de que no tenía ninguna posibilidad con él que como respuesta a su jefe.

—Pero no lo sabes seguro, ¿verdad? Ahora hay muchos padres divorciados.

—No me hace falta saberlo. No voy a tener nada con ese hombre. Esta noche tengo que ir a su casa… —El rostro de Roger se iluminó y

decidió acabar con sus ilusiones antes de que empezase a imaginarse la boda entre ambos—… para recoger a Nico. Y allí estarán su mujer y su hija. La fabulosa familia feliz y perfecta. Además, no tengo el más mínimo interés. Tengo que centrarme en Nico. Por él voy a aceptar tu ofrecimiento. Me tomaré un par de semanas, solo hasta que me haga con sus horarios y ponga en orden mi vida, y luego regresaré aún con más fuerza.

Roger sonrió abiertamente, tan abiertamente como para que pudiera verle los dientes bajo el espeso bigote y eso tuvo que haberla avisado, pero no. Para su sorpresa, tan solo diez minutos más tarde se vio salir por la puerta, en mitad del día, con el bolso, el abrigo y un abultado sobre blanco con el pago en efectivo por adelantado de aquellas semanas de vacaciones, propinas incluidas.

CAPÍTULO 7

A las siete menos cinco, Andrea bajó de su coche, aparcado justo en la entrada de la preciosa casa cuya dirección había recibido en un escueto mensaje. Mientras se estiraba la falda del vestido rojo cereza que se había puesto, se preguntó si no tenía que haberse esmerado un poco más en arreglarse. Un poco de brillo en los labios y un cepillado extra en su cabello, no le habrían hecho daño, y a lo mejor sí le habrían infundido un poco más de seguridad. Frente a aquella hermosa casa familiar de fachada blanca, dudó si había sido buena idea ir hasta allí. Podían haber quedado en un parque, una cafetería o algo así, ¿no? No creía estar preparada para conocer a la maravillosa mujer de Kyle, cuando llevaba unas treinta y seis horas recordando el beso que habían compartido en un armario hacía quince años.

Darse cuenta en ese momento de que había estado haciendo exactamente eso, le recordó lo patética que era su vida en realidad y que todos, su hermano, su cuñada, su chismosa compañera y hasta su jefe, tenían razón.

Estaba sumida en aquellos vergonzosos pensamientos cuando la puerta de la casa se abrió y bajo el marco apareció Kyle, como la sexi visión del espécimen masculino más perfecto que hubiese visto jamás. Llevaba un pantalón azul marino de traje y una camisa blanca, cuyos dos primeros botones, abiertos, mostraban su cuello fuerte y…

—¡Bienvenida! —le dijo él en tono cordial. Y gracias a Dios sus palabras consiguieron sacarla de aquel memo embobamiento.

—Gracias —se limitó a decir, azorada. Inhaló con profundidad,

intentando recomponer su cordura, mientras se adentraba en el recibidor apabullantemente blanco e inmaculado.

Estaba claro que era un hombre de éxito. En el mueble de la entrada había más mármol que en toda su cocina. Se pasó una mano por el abrigo, algo intimidada.

—Permíteme. —Sintió de repente las manos de Kyle sobre sus hombros, cerca de su cuello, ofreciéndose a ayudarla a quitarse la prenda a la que ella se aferraba en ese momento como si le fuera la vida.

—Claro —se limitó a decir, relajando los dedos.

La combinación de la caricia del paño de su abrigo deslizándose por sus hombros y brazos, junto con el aroma de la colonia de Kyle, demasiado próximo como para no apreciarla, le parecieron íntimos, demasiado íntimos. Por lo que tomó más distancia, mientras él colgaba la prenda en el ropero.

—Pasa, los niños aún no han terminado. Se concentran tanto en su proyecto que se les pasa el tiempo sin darse cuenta, por eso estoy preparando pizza. ¿Te apetece una copa de vino mientras?

Demasiada información para procesar en un segundo. Kyle cocinaba, estaba cocinando, de hecho. Y esperaba que Nico y ella se quedasen a cenar… con él, con Sophie y con la madre de esta. Y asumir todo aquello era demasiado.

—No, gracias. En realidad, deberíamos irnos. Se ha hecho tarde, no hace falta que te molestes…

—No es ninguna molestia. Suelo cocinar para Sophie cada noche. Es la única comida que hacemos juntos en todo el día, me parece

importante —declaró dejando una reluciente copa de vino delante de ella, en la encimera, como si su negativa no tuviera fundamento.

Sus ojos verdes se clavaron en los de ella de una forma que hizo que se le calentara la zona baja del vientre. ¿Había algo más sexy que un hombre cocinando? Para ella, que quería dedicarse a la repostería, no. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que la había dejado hechizada. Tenía que hacer algo para que dejase de afectarle de esa manera.

—¡Un hombre en la cocina…! —intentó que su tono sonase relajado y trivial—. Tu mujer tiene que estar encantada, también. —Lo dijo tan de corrido que estuvo segura de que su burdo intento por averiguar más sobre su estado civil había sido, además de torpe, patético.

Kyle sonrió ligeramente antes de contestar.

—No estoy casado. ¿Tinto? —le ofreció mostrándole una botella que parecía de las caras, como las que guardaba Roger para su consumo personal, en el botellero de su despacho.

—Tinto está bien —repuso, y vio cómo le llenaba la copa, mientras se preguntaba qué significaba aquella concisa afirmación—. ¿Divorciado? —Dejó que la pregunta escapara de entre sus dientes, antes de probar el vino.

—Tampoco. La madre de Sophie y yo nunca lo estuvimos. No éramos de ese tipo de parejas…

Aquella respuesta aún más enigmática la dejó perpleja, pero una vocecita los interrumpió.

—Papá, ¿queda mucho para la cena?

Andrea giró en el taburete de la cocina para ver a la niña que, sin ningún disimulo, la repasó de arriba abajo con gesto inquisitivo.

—Sophie, tus modales… —fue la escueta apreciación que hizo Kyle a su hija y esta se acercó a ella inmediatamente con rostro inmutable.

—Buenas noches, señorita Walsh —la saludó con una diminuta reverencia. A Andrea no se le escapó que aquel saludo exageradamente cortés no era más que una muestra de rebeldía hacia su padre, que inmediatamente puso los ojos en blanco.

—Buenas noches, señorita Paterson —repuso ella en respuesta. Y Sophie, sorprendida de que le siguiera el juego, contuvo una sonrisa en sus labios. Después se giró hacia su padre.

—¿Puedo saber ya si queda mucho para la cena? Nicolas y yo aún no hemos terminado.

—Unos veinte minutos. La masa ya ha reposado lo suficiente —informó a su hija.

—Perfecto. —Esta vez, Sophie sonrió complacida y Andrea tuvo la oportunidad de ver cómo se dulcificaban sus facciones hasta convertirlas en las de un ángel, antes de que saliera corriendo de vuelta al cuarto en el que se encontraban.

Durante un segundo, ambos se quedaron observando la huida de la pequeña.

—Es preciosa —expresó con sinceridad.

—Sí que lo es. Se parece mucho a su madre —suspiró—. No hay día que no la vea en alguno de sus gestos.

Andrea percibió la añoranza, la nostalgia, la pérdida, y un nudo

se aposentó en su estómago.

—Murió al nacer Sophie —continuó él—. No pudo conocer a su hija, pero estoy seguro de que, de haberlo hecho, habría estado muy orgullosa de ella. Es una niña muy especial, como Nico —añadió. Y a pesar de la sombra tormentosa que había cubierto el verde sus ojos durante unos segundos, Kyle terminó por sonreír.

—Es evidente que estás haciendo un buen trabajo. Tú también tienes que estar orgulloso.

—Gracias —le concedió él, pero hizo una mueca como si no estuviera del todo seguro de ello. Lo vio concentrarse en desenvolver la bola de masa, que tenía cubierta con un trapo.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó cambiando de tema—. No me gusta estar aquí de manos cruzadas mientras tú lo haces todo —añadió acercándose a él, que en seguida se hizo a un lado para dejarle espacio en la encimera. No respondió, pero dividió la masa de la pizza en dos y le dio una porción dejándola directamente entre sus manos.

El contacto fue tan electrizante, cálido y excitante como lo recordaba. Y retazos de aquel beso hambriento que compartieron en el armario, llegaron a su mente con fuerza.

—Tal vez debería ir a avisar antes a Nico de que ya estoy aquí… —Quiso huir de esa necesidad que emergía de la nada.

—Estoy seguro de que Sophie ya lo ha informado, además, no te recomiendo entrar en ese cuarto —la detuvo él, sujetando su muñeca con suavidad.

—¿Por… por qué? ¿Qué están construyendo? —preguntó nerviosa. E intentando disimular su turbación, dio un paso atrás y se

dirigió al fregadero para lavarse las manos.

—No tengo ni idea. Solo sé que es algo revolucionario, sorprendente, que cambiará el mundo y… *top secret*.

Andrea rio ante la teatralidad con la que pronunció sus últimas palabras, mientras elevaba las cejas.

—¿Y no te mueres de curiosidad? —preguntó girando el rostro de nuevo hacia el pasillo por el que había desaparecido la niña.

—¡Claro que sí! Pero mi hija me hizo firmar un acuerdo de no intrusión en su zona privada.

—¡Qué chica más lista…! —repuso admirada y pensativa—. ¿Crees que me daría una copia de ese acuerdo?

Kyle elevó una ceja, interrogativamente.

—Una de las cosas que he descubierto viviendo con mi sobrino es que, con niños en casa, no existe la intimidad. Ni siquiera en el baño. Da igual si estás a punto de darte una larga y ansiada ducha, siempre tienen alguna conversación vital que mantener justo cuando estás allí. Y lo peor es que no se marchan hasta que no están completamente satisfechos con todas las respuestas. —Kyle comenzó a reír y ella con él.

—Pues prepárate, en el campamento va a ser mucho peor con una docena de niños a nuestro cargo —dijo él de repente.

—¿Campamento? ¿Qué campamento? —Por su tono Kyle supo que acababa de entrar en shock.

—Es cierto, aún no te he puesto al día de la reunión con la directora. —Antes de continuar le acercó la copa de vino y la colocó entre sus manos como si la noticia que estaba a punto de darle

necesitase ir acompañada de una gran ingesta de alcohol—. Será mejor que te sientes —señaló, acercándole el taburete que había ocupado antes. Y sin más, Andrea se dejó caer, esperándose lo peor.

CAPÍTULO 8

Cuando su sobrino se giró en el asiento del autobús hacia ella, Andrea sonrió igual que lo había hecho la media docena de veces anteriores, como si le hubiesen clavado pequeñas agujas para sostener el gesto en su rostro. Había elegido sentarse en la última fila, algo que también hacía de niña, con la excusa de poder controlar al pasaje de esa zona del autobús, aunque en realidad había sido un pretexto más para no hacerlo junto a Kyle, que estaba en la parte delantera.

Se había repetido reiteradamente que su participación en el campamento, como una de las adultas responsables, merecía la pena por la felicidad de su sobrino. Y así era, aunque estuviera segura de que, de escuchar una vez más la repetitiva cancioncilla que coreaba el grupo de niños con sus voces agudas y estridentes, su cabeza estallaría en mil pedazos.

No les iba a echar toda la culpa. Los pequeños parecían haber cogido fijación con esa canción, que ya se cantaba en su época escolar. Pero si ella se había levantado con aquella fastidiosa migraña era porque se había pasado la noche pensando en lo que se le vendría encima aquellos cuatros días y, sobre todo, que tendría que pasarlos con Kyle.

Hacía una semana que había cenado en su casa, y había sido… perfecto. Fue hasta allí con el propósito de concienciarse de que estaba prohibido para ella. Que encontrárselo de nuevo había sido una jugarreta del destino, y que tenía que asimilar que tan solo era el padre de la «archienemiga de su sobrino», y nada más. Pero tras cenar

con él, después de comprobar que cuando la miraba, rozaba o compartían el último trozo de pizza, perdía el control de todos sus sentidos, le preocupaba que no fuese así.

Aunque su cuñada asegurase que sufría de miedo al compromiso y que por eso encontraba un fallo en cada chico que conocía o cita que le organizaban, no estaba de acuerdo. Solo era exigente, y estaba demasiado ocupada como para perder el tiempo con hombres con los que tenía la certeza de que no llegaría a nada. Solo había tenido unas cuantas citas y un novio serio en toda su vida: Ryan.

Habían estado saliendo tres años, los últimos de universidad. Y durante aquel tiempo estuvo segura de que compartiría el futuro con él, de que había encontrado a un hombre que la respetaba y apoyaba.

Y entonces murió su hermana Tammy, la pequeña de los tres, cuatro años menor que ella, de leucemia. Era demasiado joven para que una maldita enfermedad se la llevara de sus vidas, arrebatándosela sin piedad. Sin darle la oportunidad de experimentar, descubrir, y disfrutar de tantas cosas… Su muerte fue un contundente revulsivo para ella, para todos en realidad. Pero en su caso, se dio cuenta de la fugacidad de la vida y del tiempo que estaba perdiendo siguiendo un plan que no era el suyo, que no tenía nada que ver con sus sueños. Andrea decidió que no se dedicaría a la administración de empresas y, en lugar de eso, seguiría su vocación de convertirse en repostera y comenzar un negocio de catering. Y de repente, a su brillante novio abogado que ambicionaba una exitosa carrera como fiscal, un futuro con una simple pastelera le pareció poca cosa.

La dejó de la noche a la mañana, en su peor momento, con una

frase tan trillada como la de «no es por ti, es por mí», pero añadiendo un «que necesito algo más que lo que tú puedes ofrecerme».

Aquellas palabras se le quedaron grabadas a fuego en la mente y decidió que los tres años que había pasado apoyando, animando, alimentando el ego y ayudando a su exnovio a conseguir sus objetivos, habían sido una autentica pérdida de tiempo. Años tirados a la basura, en los que ella no había conseguido nada, pues siempre había antepuesto las necesidades de Ryan a las suyas.

Le costó un tiempo, y una buena suma de dinero en terapia, darse cuenta de que no era a él a quien debía culpar de ese hecho, sino que la responsabilidad de esas decisiones era únicamente suya. Él no le había pedido que se sacrificase, que pasase noches en vela ofreciéndole café mientras preparaba sus exámenes o que llevase su agenda como si fuera su maldita secretaria. Había sido ella la que había confundido necesidad con amor. Tal vez porque siempre había temido no ser suficiente para él, como finalmente así había sido.

Se miró las manos y comprobó que, como era habitual en ella, estaba dando vueltas a un bonito anillo de plata —el que sus padres regalaron a Tammy en su quince cumpleaños— de forma inconsciente, pasándolo de un dedo a otro. Lo hacía cuando estaba preocupada. Y había conseguido tanta habilidad y rapidez que hacía años que no se le caía. Hasta ese momento.

—¿Estás preparada? Falta poco para llegar.

Al tiempo que su voz, aparecieron ante ella las botas grises de senderismo de Kyle. Y de la impresión de ver tan cerca al objeto de su preocupación, dejó caer la alianza que terminó rodando por el suelo,

entre los asientos. Inmediatamente se agachó para buscarla, pues era muy importante para ella. Kyle, en un intento por ayudarla, la imitó y ambos terminaron chocando las cabezas.

—¡Vaya! Lo siento —se apresuró en disculparse él.

Los niños de los asientos cercanos empezaron a reír con la escena.

—Tranquilo, no ha sido nada —repuso sujetándose la frente mientras miraba a un lado y al otro buscando el brillo de la joya que había perdido.

—Claro que pasa, te va a salir un buen chichón.

Andrea sintió la mano de Kyle apartando la suya de la frente para ver el golpe. En cuanto sus dedos largos se ciñeron en torno a su muñeca, sintió el pulso desbocándose en sus venas. Quiso poner distancia, pero él con la otra mano, ya echaba a un lado el cabello que caía sobre su frente para mirarla mejor. Lo vio concentrado en inspeccionar su cabeza a tan solo unos centímetros de distancia, que permitieron que percibiese su aliento de cereza, y cerró los ojos un segundo, pensando que iba a perder la cordura, pues lo único en lo que pudo pensar fue en besar esa boca de caramelo, tentadora y apetitosa.

—¡Uuuuuhhhhh! ¡Están ligando! —La burla de tres niñas sentadas en los asientos más próximos y las risas que siguieron a su insinuación hicieron que Andrea abriera los ojos de par en par, encontrándose con la mirada de él, llena de curiosidad y algo más que no supo descifrar.

—Estoy bien, de veras —le aseguró apartándose por fin.

Al hacerlo, abochornada, miró por encima del hombro de Kyle queriendo comprobar si Nico se había dado cuenta. Y para su horror, no solo él sino también Sophie, los observaban con miradas entornadas.

—Solo quiero encontrar mi anillo —dijo bajando la mirada y centrándose en el suelo.

—Te ayudaré, cuatro ojos ven mejor que dos —se ofreció en tono divertido, como si no diese la más mínima importancia a los comentarios de las niñas y la expectación que estaban generando.

—¡No! —repuso ella abruptamente.

Supo que había sido demasiado efusiva cuando él alzó una ceja.

—No es necesario. Mejor echa un vistazo a los niños mientras yo lo busco —replicó bajando de nuevo la mirada. Supo que él había captado que no lo quería allí cuando lo sintió moverse, distanciándose de ella.

—Como quieras —fue su escueta respuesta.

Andrea, aún a cuatro patas, levantó la vista para verlo caminar hacia la parte delantera del autobús, tal y como le había pedido. Y pudo volver a respirar.

CAPÍTULO 9

Andrea bajó finalmente del autobús con el ceño fruncido por no haber encontrado la alianza de su hermana. No había podido continuar con la búsqueda pues hacía ya varios minutos que los niños se habían bajado y debía ocuparse de ellos, pero pensaba regresar cuando estuviesen todos instalados en sus cabañas, a seguir buscando. Acababa de poner un pie en la tierra cuando las palabras de una voz femenina, distorsionada por el megáfono que usaba para hacerse oír, la dejaron petrificada.

—¡Bienvenidos al campamento «Así gestionamos nuestras emociones»! ¡Estoy segura de que será igual de emocionante tanto para los niños como para los adultos! —El entusiasmo de la señorita Maple, recibiéndolos mientras sacaban sus cosas del autocar, no hizo que el mensaje sonara menos horrible en sus oídos.

Parpadeó varias veces, incrédula, y entonces vio a Nico pasar a su lado con el macuto. Lo sujetó por el hombro, haciéndolo retroceder, y se agachó a su altura.

—¿Qué demonios ha dicho esa mujer? —le preguntó al niño que la miró sorprendido.

—¿Bienvenidos…? —repuso en forma de pregunta.

—Lo otro, me refiero a lo otro. ¿Cuál es la finalidad de este campamento? ¿No hemos venido a disfrutar de la naturaleza y un divertido Halloween?

La risa condescendiente de su sobrino hizo que se llevase la mano a la frente.

—Este campamento lo organiza la señorita Maple cada año, para los chicos con los que hace algún tipo de tutoría especial. Es para aprender a gestionar nuestra frustración, la ira, el miedo, la ansiedad, el estrés de llegar a las expectativas de…

—Vale, vale, vale. —Lo detuvo, pues no quería seguir escuchándolo hablar como un mini Freud. Y sin que el pequeño lo esperase, lo abrazó con fuerza contra su costado, con compasión.

—¿Qué le pasa a tu tía, Nikki? —La pregunta vino de Sophie, que, cargando ya con su saco de dormir, los miraba perpleja.

Nico se encogió de hombros antes de soltarse de su agarre y supo que lo estaba dejando en evidencia. Lo soltó, disimulando que le colocaba el cuello de la cazadora.

—Nada, nada, en absoluto —se adelantó ella a contestar. Sophie, tras echarles un último vistazo con desconfianza, se marchó hacia las cabañas. Kyle, que iba tras ella, la miró durante una centésima de segundo, y siguió caminando también cargado con varios macutos, sin mostrarle su habitual sonrisa—. Sí, señor. Lo vamos a pasar de muerte —se dijo con ironía.

—No es tan malo. Yo ya vine el año pasado y solo me aburrí un… cuarenta y siete por cierto del tiempo —dijo Nico con certeza.

Andrea puso los ojos en blanco, pero antes de dejarse llevar por la tentación de volver a abrazarlo, dejó caer sus hombros con pesadez y tomó la mochila de manos de su sobrino para caminar junto a él por el camino que llevaba hasta las cabañas.

—Una cosa, enano. ¿A qué viene eso de Nikki?

—Es una tontería. Sophie cree que me molesta y me llama así

cuando quiere fastidiarme.

—¿Y lo hace? ¿Te molesta?

—No, pero no dejo que lo vea. Ella cree que sí y no busca motes peores.

Andrea asintió, admirada. Y supo que aquel campamento iba a estar chupado, al menos para él.

***

—Esta es la cabaña de las princesas… —Kyle abrió la puerta y se hizo a un lado para que el grupo de siete niñas pasase. Creía estar siendo todo un caballero cuando oyó que una de las gemelas Brody le decía a Sophie al oído:

—¿Sabe tu padre que llamarnos así no nos empodera como mujeres? —La pequeña pelirroja levantó la barbilla, ofendida y su hija se giró para mirarlo con recriminación y advertencia antes de adentrarse en la acogedora cabaña de cuatro literas.

Kyle sacudió la cabeza y tomó aire cargándose de paciencia. Las cosas con el género femenino eran mucho más sencillas antes. Nunca pensó que llamar a unas niñas «princesas» fuese una ofensa. Él las consideraba fuertes y capaces, y su madre le había enseñado a tratar a las mujeres con cortesía y respeto. Pero todo parecía haber cambiado, y ya no entendía nada. Las niñas se ofendían cuando las llamaba princesas y Andrea lo apartaba cuando le ofrecía su ayuda. La había fastidiado de alguna forma con ella, y no tenía ni idea de cómo.

Desde el momento en el que la vio en la cafetería, tuvo claro que quería conocerla. Durante años la había recordado. Había dejado que

su mirada, su piel y su sabor, volvieran a su mente de cuando en cuando. Lo había hecho sin pretenderlo. Lo último que había querido era idealizar un encuentro fortuito de hacía más de quince años en un armario con olor a antipolillas. Y, aun así, lo había hecho. Por eso había intentado acercarse a Andrea, para ver cuánto había de real en la imagen que se había formado en su mente a través de los años. Lo que no imaginó es que le costaría tanto.

Ciertamente llevaba mucho tiempo sin una relación seria. Tras el nacimiento de Sophie, su vida se convirtió en un maravilloso e imprevisto caos. Nunca pensó que tendría que enfrentarse a la paternidad de forma tan repentina y justo en ese momento. Pero, aunque durante varios meses creyó que, como padre, era el mayor desastre de la historia, pues no tenía ni idea de si lo estaba haciendo bien con su bebé, poco a poco fue sintiéndose más seguro. Sophie le enseñó a ser padre y había descubierto que esa faceta suya, que ni siquiera había buscado, era lo que más le gustaba de su vida.

Su hija lo era todo para él, y por eso las relaciones con otras mujeres habían ido quedando relegadas a un segundo, tercer y finalmente casi inexistente plano. Los tres primeros años, de hecho, no tuvo ningún tipo de relación, ni seria ni esporádica. Sencillamente no tenía ni tiempo ni ganas. Proporcionar a su hija cuanto pudiese necesitar, y su trabajo, lo habían mantenido suficientemente ocupado como para plantearse complicar más la ecuación.

No estaba ciego, se daba cuenta de las miradas apreciativas que recibía de algunas mujeres de su entorno, pero simplemente no había estado interesado. Después de aquellos primeros años la cosa tampoco

había cambiado mucho. Había conocido mujeres y con algunas llegó a tener algunas citas o encuentros esporádicos de índole básicamente sexual, pero o dichos encuentros no le llenaban como para querer algo más, o la mujer en cuestión se mostraba demasiado ansiosa por conocer a su hija rápidamente e incluirse en el equipo que formaban ellos dos, como queriendo llenar a la fuerza un hueco que ni Sophie ni él sentían que hubiese.

Cuando eso pasaba, cerraba la puerta rápidamente. No iba a cambiar la dinámica de vida de ambos solo por un capricho o una relación que ni siquiera a él le hiciera querer más. Pero Andrea…

Tal vez se estaba equivocando y solo intentaba sacar brillo a un espejismo, pero no lo podía evitar. Ella tenía algo. A pesar de los años transcurridos, cada vez que se le acercaba sentía esa energía que lo arrastraba hacia ella. Era una necesidad de tocarla, sentirla, besarla, que ninguna otra mujer había despertado en él. Y por eso no había perdido oportunidad de acortar las distancias. Quería comprobar si ella sentía lo mismo.

La había visto nerviosa y turbada a su lado. Y encantadora, tentadora, deliciosa, intrigante, divertida, y muy interesante. Owen le había hablado mucho de ella. De hecho, hubo un momento en el que pensó que estaba intentando venderle la idea de tener una cita con su hermana. Como siempre que alguien pretendía algo similar, había eludido el compromiso sin pestañear, pero si hubiese sabido que la mujer de la que tanto hablaba era ella… No podía retroceder en el tiempo y recuperar los meses perdidos, pero sí aprovechar que estaban allí los dos ahora.

Era la primera vez que se ofrecía voluntario para asistir como padre cuidador a una de las acampadas. Y no solo se ofreció voluntario a sí mismo, sino que anotó a Andrea, como si supiera a ciencia cierta que ella también deseaba cumplir ese papel. Cuando vio su cara de horror en la cocina, la noche de la cena, se sintió culpable. Tal vez estaba forzando las cosas y por eso ella lo había alejado en el autobús.

Se pasó la mano por el pelo y resopló con fuerza. Estaba sopesando cómo debía actuar con ella a partir de ese momento cuando tiraron de su chaqueta para llamar su atención. Al mirar hacia abajo, Sophie le brindó una mirada que conocía muy bien.

—Papá, tenemos que hablar —fue su declaración y supo que no le iba a gustar lo que estaba a punto de oír.

CAPÍTULO 10

—¡Sophie! ¿Por qué has hecho eso? —Kyle vio a su hija frotarse las manos con fuerza y nerviosismo, y después alzar los hombros con inseguridad. En ese momento se dio cuenta de que se trataba de algo serio.

Su hija hacía siempre alarde de una confianza impropia de su edad. Era como si tuviera todas las respuestas y cada paso que daba estuviese diseñado de antemano según su esquema establecido. Miró a un lado y a otro comprobado que el resto de niñas estaban concentradas en deshacer sus mochilas. La señorita Maple acababa de entrar y, tras saludarle con la mano y una sonrisa tímida, había empezado a ayudarlas, por lo que se sentó tranquilo junto a su hija en la cama de debajo de la litera que había elegido. Tuvo que encogerse, pues se daba en la cabeza con el somier de lamas de la cama superior, pero el reducido espacio les daba la oportunidad de hablar con un poco de intimidad.

—Si no me lo cuentas, no puedo ayudarte —insistió introduciendo una de sus manos entre las de su hija para detener el movimiento compulsivo.

—No lo sé… Lo vi rodar entre los asientos y simplemente lo cogí…

—¿Simplemente lo cogiste? Tú no eres así.

—¡Lo sé! No soy una urraca que va detrás de las cosas brillantes. ¡No tengo defensa! —Sophie ocultó el rostro entre sus pequeñas manos, avergonzada.

A Kyle le hizo gracia el gesto espantado que hizo su hija al compararse con la urraca, pero mantuvo la compostura y semblante serio de acuerdo a las circunstancias.

—Cariño, soy uno de los mejores abogados de la ciudad, estoy seguro de que conseguiría tu absolución si tuviera toda la información. Por ejemplo, ¿cuál fue tu motivación? ¿Qué te llevó a cometer el delito?

La niña guardó silencio un momento antes de elevar el rostro y clavar su mirada azul en él.

—No sé cómo describirlo. Solo puedo decir que… he visto cómo la miras, y me he sentido rara.

Kyle se vio a si mismo presa de un ataque de carraspera.

—No te entiendo —consiguió decir disimulando muy mal.

—¡Papá! Nadie te conoce mejor que yo. Y la verdad, tampoco es que hayas sido muy discreto. Ya me di cuenta cuando la señorita Walsh vino a recoger a Nico a casa. Estuviste mirándola toda la cena como si estuviera más buena que la pizza...

—¡Por Dios, Sophie! ¿De dónde sacas una idea como esa? —Se pasó la mano por la frente, apurado. Hasta ese momento no se había visto en la necesidad de hablar con su hija de una mujer. Y por lo visto, había sido tan torpe con sus intenciones como para que ella sola se hubiese percatado del interés que sentía por Andrea.

—Papá, no soy un bebé. Y veo la televisión. ¿Sabes cuánta información se puede obtener en YouTube?

—Sin duda, demasiada.

—¿Vas a negarme que te gusta esa mujer? —Sophie cruzó los

brazos sobre su regazo, retándolo a negarlo. Y Kyle supo que no tenía ningún sentido mentirle. Tampoco lo había hecho hasta la fecha.

—Sí, me gusta. Es… —Ladeó varias veces la cabeza, buscando las palabras exactas que debía emplear para describirla delante de su niña.

—Es guapa —completó ella su frase.

—Sí, es guapa —afirmó él, asintiendo—. Pero no es solo eso. Andrea es… —alzó la vista para visualizarla en su mente mientras hablaba de ella— …es muy interesante, y divertida. Y… —Había cosas que definitivamente no podía explicarle— Y me gustaría conocerla más.

Cuando volvió a mirar a su hija, esta tenía una expresión indescifrable.

—¿Te parece mal? —preguntó rápidamente.

—No, la verdad es que no. No he hablado mucho con ella, pero a priori, creo que podríamos llevarnos bien.

Kyle sonrió, como cada vez que Sophie le sorprendía con su forma de expresarse. Estaba seguro de que nunca se acostumbraría a tener una hija superdotada, o con capacidades especiales, como se empeñaba la señorita Maple en llamarla.

—Bien —repuso satisfecho—. Y en cuanto al tema de no haber hablado mucho con ella, vas a empezar a solucionarlo hoy mismo, porque tienes que ir a confesar tu delito y devolverle su anillo.

—¡Pero papaaaá…!

—Lo siento, cariño, pero es lo correcto y la única forma de que te rebaje la pena.

Al escuchar sus palabras, su hija se dio cuenta de que no tenía nada más que decir, y resoplando, asintió, aceptando su destino.

***

Andrea volvió a mirar su reloj de pulsera, intentando que no se le notase la desidia total que la poseía en ese momento. Aún no podía creer que estuvieran en un campamento para aprender a gestionar las emociones. ¿Qué había pasado con las actividades al aire libre, las carreras de obstáculos, las gymkanas, las pruebas en equipo, el tiro con arco, hacer casas para los pájaros o subirse a los árboles? Ella había ido a algunos campamentos de niña y siempre le habían resultado divertidos, pero aquel estaba diseñado para hacer morir de aburrimiento a los pequeños durante cuatro días.

Al llegar, lo primero había sido acomodar a los niños en sus cabañas. Las niñas en una y los niños en otra. El recinto constaba de muchas más para albergar a grupos grandes en las temporadas estivales, pero en esa ocasión, siendo uno reducido, tan solo usaron las dos de los niños, una para la señorita Maple, Lidia (que era la madre de las gemelas Brody), y ella. La cabaña más próxima a esta estaba ocupada por el señor Brody, divorciado de su esposa desde hacía seis meses, y Kyle. Y la tercera por Aylin y Eric, los dueños del campamento.

Tardaron cerca de una hora en asegurarse de que cada niño y adulto estaba instalado. Después, Aylin y Eric les mostraron los baños, el edificio principal con la cocina, el espacio común de usos múltiples y la enfermería, de la que se ocupaba Aylin, quien no solo era enfermera, sino que había desempeñado su labor en el ejército.

Hasta ahí, a Andrea le pareció interesante. Nunca había estado en ese campamento en particular y la pareja que lo regentaba, ambos ex marines, despertaron su curiosidad. Ocuparse de los niños le había facilitado, además, mantenerse alejada de Kyle, aunque de cuando en cuando se permitía admirarlo en la distancia, lo que provocaba en ella algún que otro suspiro bobo. Aun así, sintió que tenía controlada la situación y esperaba que el resto de actividades con los niños la mantuvieran más ocupada aún. Hasta que la señorita Maple le informó de que era el momento de crear el primer círculo de confianza.

Tener a unos niños de siete y ocho años sentados durante dos horas, en círculo, pasándose de unos a otros un palo de madera y haciéndoles hablar de lo que significaba para ellos la gratitud, a su juicio, no entraba en ninguna cabeza bien amueblada. Mucho menos cuando entre esos niños había unas cuantas mentes inquietas y cuerpos alborotados que se morían por desfogarse corriendo y explorando la naturaleza que les esperaba más allá de aquellas paredes. Para ella era como mostrarles una mesa llena de deliciosos pasteles y decirles que, aunque los pudiesen oler, no podrían degustarlos. Puso los ojos en blanco cuando escuchó por decimoquinta vez a la señorita Maple decir a uno de los niños: «Profundiza más en ese sentimiento». Tras sacudir la cabeza para espabilarse, fijó la vista de nuevo en el grupo y entonces percibió que la mirada de Kyle estaba clavada en ella.

Fue como un imán. Quería resistirse, pero no pudo. Como si él gobernara su voluntad, enlazó la mirada con la suya. Se apartó el cabello colocándolo tras su oreja, nerviosa, y cuando lo vio llevarse un

Kojak de cereza a la boca e introducirlo entre sus labios, haciendo que estos rodearan el caramelo con parsimonia, contuvo la respiración y apretó los muslos sintiendo que ese simple gesto acababa de despertar una palpitación en su sexo que iba a hacerla gemir. Se mordió el labio y bajó el rostro, rompiendo el contacto visual, completamente azorada y confusa.

Antes de que el resto pudiera notar su turbación, abandonó la sala, buscando el aire fresco del exterior para sofocar el fuego que la consumía en ese momento.

CAPÍTULO 11

Aunque el aire puro y refrescante del bosque la recibió con la promesa de devolverle la paz, Andrea caminó adentrándose en él durante unos minutos hasta que estuvo lo suficientemente lejos del campamento como para no ser vista desde el edificio. Entonces se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas e inhaló con fuerza repetidas veces, almacenando tanto oxígeno como pudieron aguantar sus pulmones. Estaba a punto de llegar al desmayo por hiperventilación cuando notó una mano en su hombro. El bote que pegó por el sobresalto la llevó a chocar contra el enorme árbol a su espalda.

—Perdona, no quería asustarte, solo saber si estás bien.

¿Estar bien? ¿Estar bien? Estaría estupendamente si él dejase de relamer aquel Kojak de esa forma tan inapropiadamente erótica. Y si dejase de mirarla, y si dejase de oler tan bien, y si dejase de estar tan guapo con esos vaqueros, la camisa caqui y la cazadora. Y si dejase de sonreír. Y si…

Kyle esperó una respuesta, pero no la obtuvo. La vio respirar alterada y recorrerlo con la mirada mientras fruncía el ceño, inmersa en alguna diatriba mental. Ella recorrió su rostro, su cuerpo y volvió a fijar nuevamente la vista en sus labios.

Y lo supo.

Andrea tenía las mismas ganas que él. Se debatía y consumía por culpa de esa necesidad que crecía por momentos desde que se habían reencontrado. Ya no necesitó una réplica, ni siquiera la quiso. Tiró el

caramelo, hizo desaparecer la distancia que los separaba y, tomando su rostro entre las manos, se adueñó de su boca sin contemplaciones.

Solo quería probarla de nuevo, comprobar que era tal y como la recordaba; cálida, excitante. Ya no sabía a ingenuidad, pero eran aún más dulce, y en el momento en el que sus lenguas se unieron, supo que había quedado embrujado de nuevo. Lo que empezó como una necesidad, rápidamente pasó a ser algo devastador, urgente, instintivo y animal. Sí, Andrea ya no desprendía ese halo de inocencia e inseguridad, pero ahora, la mujer que acogía entre sus brazos despertaba en él una pasión salvaje que era capaz de arrasarlo por completo. Ambos habían madurado, y aunque su cuerpo la reconoció en cuanto posó las manos en ella, también supo que aquel alucinante beso que habían compartido era solo el aperitivo de mucho más, infinitamente más.

En cuanto la lengua de Kyle irrumpió en su boca, y con ella su sabor de cereza endulzó sus papilas, Andrea supo que estaba perdida. Él la había besado, pero ella no se lo impidió. No habría podido hacerlo, porque cada partícula de su cuerpo le gritaba que se dejase llevar, que había pasado todos aquellos años recordando y anhelando revivir ese momento, esas sensaciones. Incluso recordaba haber comparado los primeros besos de su ex con aquel primero que recibió del hombre que la presionaba con posesión contra el árbol a su espalda, mientras devastaba su boca con un hambre que la hacía enloquecer. No tardó en querer más. Ya no era una chiquilla insegura. En aquel tiempo se había convertido en una mujer que sabía lo que

quería. Y lo que deseaba en ese momento más que nada en el mundo, era recorrer con las manos el cuerpo de Kyle.

Elevó los brazos y posó ambas manos sobre su pecho duro y fuerte. Le acarició el cuello y se arqueó para acoplarse a él, que la tomó por las caderas con sus grandes manos y sus dedos largos se adentraron bajo la camiseta que se le había subido, rozando la piel de su cintura. Toda ella hirvió de apremio. Su piel se erizó, despertando las sensaciones más deliciosas y estremecedoras que recordaba haber experimentado. Mucho más cuando él abandonó sus labios y se adentró en el hueco de su cuello para besarlo.

Delirio.

No había otra forma de describirlo. La urgencia de su sexo por conocer el placer que él podía proporcionarle se hizo palpitante y su vientre ardió encogiéndose de puro goce. No pudo contener el jadeo ahogado y entregado que escapó de su boca, perfecta declaración de cuánto lo deseaba.

Y entonces él cubrió su boca, pero esta vez con la mano. Los ojos de Andrea se abrieron de par en par, sin entender lo que estaba pasando. Cuando vio que Kyle se llevaba un dedo a los labios para instarla a guardar silencio, arrugó el entrecejo, entendiendo aún menos el cambio en la situación.

—¡Señor Paterson! —La voz aguda de la señorita Maple le llegó clara y demasiado cercana. Y Kyle pudo leer la expresión de estupor en sus ojos.

Él destapó su boca, pero lejos de lo que esperaba pegó el rostro al de Andrea aún más, dejando su tentadora boca a solo unos

milímetros de la suya. Su mirada verde anclada a la de ella y el aliento acariciándole los labios. Volvió a posar una mano sobre su cadera, y la guio con suavidad para hacerla girar, rodeando el gran tronco del árbol que los ocultaba.

—¡Señor Paterson! ¿Está usted por ahí? —preguntó la mujer insistiendo. Él se limitó a sonreír con picardía sin apartarse un centímetro de ella. Y Andrea dudó que hubiese un hombre más sexi que aquel sobre la faz de la tierra.

Jugaron con sus alientos, tentándose con los labios, pero sin llegar a tocarse, hasta que la persistente orientadora, volvió a llamarlo.

—¡Kyle! —lo tuteó y Andrea alzó una ceja—. ¡Sophie lo está buscando!

Como si del aleteo de una mariposa se tratara, Andrea sintió un beso tibio y ligero sobre sus labios que le hizo contener la respiración. Y él se apartó de ella, saliendo de su escondite.

—Señorita Maple, ¿me buscaba? —lo oyó preguntar a la mujer.

—¡Uy! Sí… ¿De dónde…? —Andrea percibió en el tono de la mujer cierto desconcierto—. Ha salido usted de la nada —añadió con una risita nerviosa y juguetona.

—¿Decía que Sophie me está buscando? —cambió él de tema, y al ver como se apagaban sus voces, Andrea supo que Kyle estaba alejando de allí a la mujer.

«¡Embaucador!», pensó con una sonrisa. Y de manera inconsciente se llevó los dedos a los labios, anhelando ya el contacto de los masculinos sobre los suyos.

—¡Hola! —Escuchar de repente a Sophie a su lado, casi le provoca un infarto.

—¡Sophie…! Tu padre está… —empezó a señalar dubitativa la dirección por la que este se había marchado. Agradeció mentalmente la interrupción de la señorita Maple, pues de no haberlo hecho, habrían sido pillados infraganti por la niña. Y eso sí habría sido algo horrible.

—No lo busco a él. Necesito hablar con usted —la interrumpió la niña, con gesto solemne.

Aquello sí que fue una sorpresa. Y hasta se puso nerviosa.

—¿Conmigo? —quiso asegurarse señalándose a sí misma—. ¿Estás segura? Tu padre te está buscando.

—Luego me reuniré con él, pero esto es importante. Y él ya está al corriente de que debíamos tener esta conversación.

Andrea parpadeó un par de veces, alucinada. ¿Kyle había hablado de ella con su hija? No sabía cómo asimilar esa información, pero estaba claro que en aquel momento no tenía escapatoria, así que asumió su destino.

—Bien, pues hablemos. ¿Quieres hacerlo aquí o vamos a algún otro sitio?

—Aquí está bien. Esto es un poco vergonzoso para mí y cuantos menos testigos, mejor.

No tuvo oportunidad de preguntarse a qué se refería, pues al tiempo que pronunciaba las palabras, la vio introducir la mano en el bolsillo de su pantalón y sacar de él la alianza de plata de su hermana Tammy, que había perdido esa mañana. Casi tuvo ganas de llorar y se

apresuró a cogerla para colocarla nuevamente en su dedo. Luego estiró la mano para verlo allí, en el que sería siempre su lugar, y suspiró aliviada y feliz.

—¿Lo has encontrado? Muchas gracias por devolvérmelo, es muy importante para mí.

Sophie apretó los labios y negó con la cabeza.

—No lo he encontrado, exactamente. Lo cierto es que cuando rodó por el suelo del bus cayó cerca de mí y me agaché a cogerlo. Debí de dárselo enseguida, pero… creo que tuve celos al comprobar cómo la miraba mi padre. No estoy acostumbrada a verlo mirar a una mujer así y no supe cómo actuar.

Las mejillas de Andrea ardieron como si les hubiese estado dando el sol todo el día. Y para hacer más relevante lo nerviosa que la ponía esa conversación, empezó a hipar. Inmediatamente se llevó una mano a la boca. Esa boca que minutos antes devoraba la del padre de la niña. Quiso que se la tragara la tierra.

—Sophie, no creo que tu padre me mire de ninguna forma especial.

Detuvo sus palabras cuando la niña ladeó la cabeza y alzó las cejas, incrédula.

—No se preocupe. Ya he hablado con él de eso. Todo está bien.

Andrea hipó nuevamente antes de hablar, y puso los ojos en blanco antes de hablar.

—¿Todo está bien? ¿Qué quieres decir con eso? Yo no quiero que pienses…

—¿No le gusta mi padre?

«¡*Wass*! ¡Menuda pregunta!», exclamó Andrea en su mente. Ni siquiera se había permitido a sí misma analizar lo que Kyle le hacía sentir. ¿Cómo iba a darle una respuesta a ella?

En ese instante su teléfono móvil comenzó a sonar con fuerza en medio del silencio que reinaba en aquel bosque. Y podía asegurar que nunca en su vida se había sentido tan aliviada como en ese momento. Tomó el aparato del bolsillo de su vaquero y vio en la pantalla que se trataba de su hermano que la llamaba desde el Golfo de México.

—Lo siento, Sophie, son los padres de Nico. Llevamos varios días esperando poder contactar con ellos y tengo que coger la llamada.

—Por supuesto. Yo me marcho —dijo comenzando a alejarse.

Andrea descolgó la llamada sin dejar de mirarla, aún asimilando todo lo que le había dicho, y entonces Sophie se dio la vuelta y añadió:

—Piénselo. Mi padre es un gran hombre y no va a estar siempre disponible. No se deje intimidar por quién era mi madre. Estoy segura de que usted puede hacerle también muy feliz.

Sophie volvió a girarse, dándole la espalda y prosiguiendo con su camino de vuelta, mientras ella, con la boca abierta, se quedaba petrificada y confusa en el sitio. Hasta que la voz de su hermano, llamándola al otro lado de la línea, la devolvió a realidad.

CAPÍTULO 12

Durante todo el tiempo que duró la conversación entre su hermano, su cuñada y Nico, Andrea se mantuvo junto a su sobrino. Pero su mente no estaba allí, ni mucho menos, sino en la declaración de Sophie desde la primera a la última palabra. Y sobre todo a la alusión que había hecho esta sobre su madre. Había dado por hecho que debía saber quién era, y eso despertó un sinfín de preguntas que se amontonaban en su mente una sobre otra hasta construir una torre que la alejaban del mundo que la rodeaba.

Uno de los niños corrió por su lado y chocó contra ella, lo que la hizo despertar. Parpadeó y sacudió la cabeza. Todos a su alrededor parecían ocupados en realizar diversas tareas excepto Sophie que, sentada en los escalones del edificio principal, miraba con contrariedad a un punto a su lado. Siguiendo su mirada, se dio cuenta de que observaba a Nico, pero aquella no era la mirada de una archienemiga. Y aunque no era una experta en emociones, como la señorita Maple, estaba segura de estar viendo preocupación en su gesto. Aquello despertó su curiosidad. En las escasas ocasiones en las que había tenido la oportunidad de hablar con Sophie, había podido advertir en ella las mismas cosas que le alucinaban de su sobrino. No era de extrañar, ambos eran pequeños superdotados. Pensó que era una pena que siendo tan parecidos hubiesen decidido ser rivales. Miró a uno y otro, alternativamente y una idea cruzó su mente, iluminándola. ¿Y si no lo eran?

—Tía Andy, papá quiere darte las gracias por venir al

campamento conmigo. Dice que ellos ya se habían negado a participar por suponer que tenías trabajo y que ha sido todo un detalle —le dijo Nico pasándole el teléfono.

Aquella afirmación la sacó de sus cavilaciones, creando otras nuevas, y recuperó el teléfono, dispuesta a hacer a su hermano unas cuantas preguntas.

Un suspiro escapó de sus labios al finalizar la conversación con Owen, producto de una mezcla de sentimientos como el orgullo hacia lo que él y su cuñada estaban haciendo, la preocupación de saber que estaban lejos de casa en una zona de peligro, y la añoranza de echarlos de menos. Jamás diría que había habido algo positivo en la muerte de Tammy, pero tras su pérdida, Owen y ella se dieron cuenta de lo mucho que querían formar parte el uno de la vida del otro. Se unieron y apoyaron y se esforzaban por, a pesar de sus apretadas agendas, pasar tiempo juntos.

No le extrañó por tanto que, si ella se sentía así, su sobrino lo estuviera pasando mal. Lo vio junto a los árboles dándole patadas a las piedrecitas del suelo, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Sophie seguía mirándolo desde los escalones, sin acercarse, alejada del resto de niños que, junto a los adultos, empezaban a preparar las mesas de madera del exterior para la comida. Kyle era uno de ellos y justo en ese momento, como si advirtiese su escrutinio, giró el rostro para observarla. Durante un segundo sus miradas quedaron enlazadas, pero tras la conversación con su hermano y descubrir un par de cosas, lo último que quería era pensar en él. Además, tenía que asegurarse del bienestar de su sobrino, que era su prioridad. Y rompiendo el

contacto visual fue hacia el pequeño.

Cuando llegó a su lado, Nico ni levantó la mirada del suelo.

—¿Cómo estás, enano? —le preguntó poniendo una mano en su hombro. Sintió la vibración bajo su palma y supo que había interrumpido su llanto silencioso.

Lo abrazo, pegándolo a su costado y girándolo para que el resto no advirtiese su estado.

—Lo sé, yo también los echo de menos —empezó, y se inclinó para depositar un beso en su pelo—. Esto es difícil, pero estoy segura de que tus padres no querrían que estuvieses así de triste.

Nico se limpió las lágrimas con la manga de su sudadera verde con el logo del club de ciencias. Lo vio asentir ante sus palabras, pero no se pronunció. A veces al oírlo hablar parecía un niño grande, pero en realidad era tan pequeño que le encogió el corazón verlo tan afligido.

—Mira, por suerte estás en el supercampamento de gestionar las emociones —dijo en tono jovial, pero recibió una mirada cínica por su parte. En el gesto reconoció de nuevo a su sobrino y sonrió—. Dime una cosa, si en realidad esto no te gusta, ¿qué hacemos aquí? ¿Es idea de tus padres? —preguntó escéptica, aunque después de presenciar la tutoría especial semanal, ya no le sorprendía tanto.

—No, fue cosa mía. Creí que podría estar bien —repuso el niño justo antes de girarse y echar un vistazo a los escalones del edificio principal, en concreto a su supuesta archienemiga.

—¡Ay, Dios mío! ¿Te gusta Sophie? —preguntó arrodillándose ante él, al tiempo que le tomaba las manos.

—¡Uiggg! ¡Noooo! —dijo espantado con la idea—. Pero, ¿sabes? Ella cree que me cae mal, pero es la única persona que me parece interesante de mi escuela.

—¿Y por qué discutís entonces en lugar de ser amigos?

—Siempre se está metiendo conmigo. No voy a ser amable cuando se porta de esa forma. Va a pensar que soy un blandengue —se defendió.

Andrea volvió a mirar hacia donde estaba Sophie y cuando esta se percató de que lo hacía desvió la mirada con rapidez. Suspiró pensando en lo complicadas que eran las relaciones, a todas las edades.

—Nico, no es de blandengues, sino de valientes, dar el primer paso. Creo que Sophie está tan acostumbrada a que ese sea el tipo de relación que hay entre vosotros, que cree que es la única forma de estar contigo.

—¿Crees que ella también quiere ser mi amiga? —preguntó alucinado.

—Estoy segura. Y opino que, si tú empiezas a hablar con ella de otra manera, a ser amable y considerado, ella también lo será contigo.

Su sobrino sonrió esperanzado.

—Seguro que puedes aprovechar estos días para hacerlo. Igual salís de aquí siendo amigos.

—No creo que tengamos muchas oportunidades de hablar con las actividades que tiene organizadas la señorita Maple. Esta tarde toca el círculo de la nostalgia y juegos cooperativos.

La cara de Andrea fue de auténtico espanto. E inmediatamente

una brillante idea pasó por su mente.

—No te preocupes, enano. La tía Andy se va a ocupar de todo. Es hora de animar un poco este sitio.

CAPÍTULO 13

Convencer a la señorita de Maple de convertir los juegos cooperativos en una clase de pastelería no había sido difícil, sobre todo por el entusiasmo que mostraron tanto los niños como los adultos con la sugerencia. Lo que evidenció que no solo era ella la que se estaba aburriendo como una ostra. El problema había sido después elegir qué postre realizaría con los niños. La despensa de Aylin estaba bien surtida de latas y productos de larga duración, pero no realizaban muchas compras de productos frescos, siendo temporada baja para el campamento. Repasó cada una de las estanterías de la despensa y, cuando estaba a punto de cambiar de planes, vio una cámara frigorífica que no había abierto todavía. Allí, como si fuera un tesoro, encontró varios botes de claras de huevo. Sacó uno, sorprendida, y comprobó la fecha.

—Es el alijo de Eric —rio Aylin—. Proteínas, así mantiene esos músculos mi hombre —Andrea sonrió ante el gesto pícaro de la dueña del campamento—, pero por dentro es tan tierno y dulce como un *marshmallows*.

—Esos son los mejores, supongo —repuso ella, volviendo a dejar el bote en la cámara.

—Nooo, no, tranquila. Si es lo que necesitas para animar este peñazo de campamento, puedes cogerlo todo.

Cuando Andrea la miró, sorprendida, Aylin volvió a reír.

—Supongo que no está bien que hable así de mis clientes, pero estos campamentos modernos no son lo que teníamos en mente mi

marido y yo cuando abrimos este lugar.

—¿Y qué es lo que teníais en mente? —preguntó apartándose, pues Aylin, pasando por su lado, había empezado a coger botes de claras de la nevera. No dudó en ayudarla, tomando el resto de los botes.

—Pues a mi marido y a mí nos encantan los niños. Cuando terminó nuestro servicio intentamos tenerlos, pero no lo conseguimos. Soy estéril.

—Lo siento mucho, Aylin.

Ella solo sonrió, pero en el gesto había tristeza. Asintió y continuó hablando.

—Este campamento era de los padres de Eric y nos pareció que era una buena forma de estar rodeados de niños, de enseñarles cosas útiles para ellos, de crear un sitio seguro y divertido. Y es lo que conseguimos en nuestros campamentos de verano, pero el resto del año a veces nos vemos obligados a alquilar las instalaciones para colegios, grupos, asociaciones… Cada vez está más de moda hacer «retiros», y este bosque tiene una belleza incomparable.

—Es un lugar muy hermoso, sin duda.

—Tiene magia, pero estos rollos de gestionar las emociones —añadió con una mueca—, acaban con ella.

—Estoy de acuerdo contigo, pero esta tarde al menos, vamos a solucionarlo.

—Me gusta esa mirada decidida. Tienes un plan y quiero apuntarme. Cuenta, ¿qué estás planeando?

—Una batalla de tartas de merengue.

Andrea no tuvo que decir más, porque la sonrisa entusiasmada de Aylin le dijo que acababa de encontrar una aliada.

***

Excepto por los grititos agudos de la señorita Maple, intentando inútilmente llamarlos al orden, la idea fue todo un éxito, y una batalla digna de recordar en la historia del campamento. De hecho, Aylin hizo unas cuantas fotos mientras las tartas volaban por el aire para terminar impactando en cada uno de los participantes. La primera parte de la actividad había sido tranquila. Enseñó a los niños a hacer dulce y delicioso merengue, al que dieron color con colorantes alimenticios. Después lo colocaron sobre bases de bizcocho y los que quisieron decoraron sus obras con virutas de colores, ralladura de chocolate o polvos de vainilla y canela. Había sido divertido verlos pringarse, las risas y la competición por ver quién hacía el merengue más llamativo. Pero sin duda, el momento álgido de la tarde fue cuando con su sonrisa más pícara, tomó uno de sus merengues y comenzó la batalla lanzando el primero. Que este impactara contra el rostro pasmado de Kyle fue un casual accidente. O al menos eso sería lo que alegaría si era interrogada después del juego.

Segundos más tarde, por el salón solo se veían tartas de colores volando en todas direcciones. Las risas no tardaron en llegar, y todos, niños y adultos, se dejaron llevar por la energía entusiasta y liberadora de la batalla. Lo mejor para Andrea fue ver a Nico y Sophie chocando las manos, cuando tras el ataque de las gemelas Brody, se aliaron para defenderse. Su sobrino estaba radiante y feliz. Y aunque recibiera alguna que otra mirada ceñuda y censuradora por parte de la

orientadora del colegio, decidió ignorar su descontento.

Lo que no le fue tan fácil de desechar fueron las miradas que cada pocos segundos recibía de Kyle. Tan intensas y devastadoras como el beso que le había dado hacía unas horas en el bosque. Si el primer beso que habían compartido había sido imposible de borrar de su mente a lo largo de los años, no imaginaba cómo iba a conseguir olvidar este último, pero estaba decidida a hacerlo. Apartó la vista una vez más cuando sintió que la abrazaban por las piernas. Su pecho se hinchó al ver que se trataba de su sobrino.

—Gracias, tía Andy. Eres la mejor —le dijo apretándola con fuerza.

—Es verdad. Esto va a ser lo más guay del campamento —apuntó Sophie a su lado.

Por alguna razón que no llegó a explicarse, la aceptación de la niña le agradó de una forma especial. Pero antes de emocionarse, decidió hablar.

—No os preocupéis, aún tenemos unos pocos días, y no voy a dejar que esto decaiga. —Les guiñó un ojo y ellos, entusiasmados, volvieron a chocar las manos y se fueron corriendo, encantados.

CAPÍTULO 14

Hora y media más tarde, Kyle no podía creer que hubiesen terminado de limpiar el merengue del comedor. La idea de una batalla de tartas le había parecido extraordinaria, sobre todo al ver lo bien que se lo habían pasado los niños. Andrea no dejaba de sorprenderlo y eso le encantaba. Era refrescante, impredecible y divertida. A menudo, debido a su trabajo como abogado, se veía reducido a un mundo de grises, reglas, formalidades y etiquetas. Pero Andrea se alejaba de todo eso, y estaba decidido a conseguir mucho más.

El problema era que, una vez más, la sentía distanciarse. Cuando creía progresar y acercarse a aquella maravillosa mujer, ella daba un paso atrás, y no tenía la menor idea de por qué. Una de las razones para haberse ofrecido a ayudar a Aylin y Eric con la limpieza era pasar más tiempo con ella, pero la jugada no le había salido bien, pues cada uno de sus intentos por acortar distancias había sido evitado por Andrea con la habilidad de una escapista.

Imaginó que tendría que buscar un momento mejor. Tal vez tras la cena, cuando los niños se hubiesen acostado y la noche pudiese proporcionarles algo de intimidad. Podía invitarla a dar un paseo bajo las estrellas, o conversar junto a la fogata que Eric le había dicho que harían, para ser fieles a la tradición del campamento. Mientras daba vueltas a todas sus posibilidades, abandonó el comedor y fue a asearse.

***

Andrea entró en la construcción en la que estaban los baños,

quitándose pegotes de merengue del pelo. Esa era la peor parte. Cualquier elaboración de repostería era pringosa aunque fácil de limpiar si se hacía nada más manchar, pero ella había estado entretenida ayudando con la limpieza del salón y había dejado pasar el tiempo suficiente para que parte de todo lo que llevaba encima se hubiese secado. Quitarse el merengue de colores de piel, cabello y ropa, iba a llevarle un buen rato y esfuerzo, porque tenía la masa pastosa hasta en las pestañas, que sentía pegajosas con cada parpadeo.

Al adentrarse en los baños comprobó con alivio que el lugar estaba vacío, y lo primero que hizo fue acercarse a los lavabos. Abrió el grifo y esperó a que el agua cogiese temperatura, después bajó el rostro para empaparlo de agua tibia.

—Andrea.

La voz grave y aterciopelada de Kyle la dejó petrificada. Se giró con rapidez, mientras intentaba abrir los ojos, ahora mojados además de pegajosos. Tuvo que frotárselos y parpadear varias veces antes de enfrentarse a la mirada de Kyle. No tuvo tiempo de pensar en marcharse, porque la visión que apareció ante ella la dejó sin aliento y petrificada en el sitio. El hombre más sexi del mundo acababa de salir de la ducha y tan solo llevaba una toalla negra anudada a la estrecha cintura. Tenía un torso y unos abdominales cincelados y tragó saliva al imaginar que le arrebataba la toalla para ver hasta dónde tenía marcados aquellos tentadores oblicuos hechos para recorrerlos con la lengua.

De repente sintió que un calor abrasador le subía hasta las mejillas. ¿No había dicho que se mantendría a distancia?

—Lo siento, no sabía que estabas aquí, ya me voy —dijo dirigiéndose a la salida.

—Andrea, espera. —La detuvo corriendo hasta ella y tomándola por el brazo. Ella se sorprendió al verlo tan próximo.

—Kyle, esto no es buena idea.

—¿Prefieres que quedemos esta noche, después de cenar?

Andrea tuvo que bajar la vista para no sentirse tentada ni por su cuerpo ni por la intensa mirada que le brindaba, como si quisiera adivinar lo que pasaba por su mente. Justo lo último que quería ella.

—No puedo seguir con esto. Ha sido un error. —Y volvió a intentar marcharse.

—No hablas en serio —repuso él y para tormento de sus sentidos, le apartó un mechón de cabello del rostro, acariciándole la mejilla.

Por un segundo se sintió tentada de cerrar los ojos y atesorar la sensación cálida que le proporcionaba su piel hasta que él volvió a hablar, deteniendo el latido de su corazón.

—Reencontrarte ha sido lo mejor que me ha pasado desde que nació Sophie.

Aquello era demasiado. Tan difícil de asimilar para Andrea que entró en pánico.

—No digas eso. No me conoces, y yo a ti tampoco. —En su mente se abrieron paso las palabras «la mejor defensa, un ataque»—. Es más, explícame eso de que ambos somos padres voluntarios en el campamento —preguntó tornando su tono abrumado por otro de enfado.

Kyle chasqueó la lengua contra el paladar e hizo un guiño propio de un adolescente que ha sido pillado en una trastada.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó en respuesta.

—Cómo me he enterado no es el asunto a tratar, sino que me has hecho venir con falsos pretextos.

—Lo siento, pero, ¿puedes culparme por ello? Solo quería tener la oportunidad de pasar más tiempo juntos. Luego me arrepentí y quise confesar, pero después de cenar en casa empezaste a evitarme.

—Yo no he hecho tal cosa —mintió sintiendo que se había acercado demasiado a la verdad. No le hizo gracia ser tan transparente para él—. Y no presupongas, te repito que no me conoces. No sé por qué dices estar interesado en mí. No me parezco a las mujeres a las que estás acostumbrado…

—¿Qué quieres decir con eso? —Frunció el ceño y, por un momento, Andrea sopesó que de veras no supiera de lo que hablaba.

—He estado hablando con mi hermano. Sé quién es la madre de Sophie. Y yo… yo solo soy lo que ves.

—En realidad, no sabes nada —dijo con pesar en la mirada y algo en su interior se contrajo estremecido—, pero estoy dispuesto a explicártelo todo. Algo que no he hecho con nadie jamás, hasta la fecha.

Kyle suspiró y su aliento llegó a ella con sabor a promesa.

—Te espero a medianoche, junto a la fogata —anunció soltándola.

Andrea aprovecho para dar un paso más hacia la puerta. Pero antes de salir él añadió con seguridad:

—Y, Andrea… lo que veo es lo que quiero.

CAPÍTULO 15

Andrea estiró el saco de dormir sobre su cama y se dejó caer en él con desgana. Había aguantado la cena y la velada en torno a la hoguera estoicamente, aunque en realidad lo que le apetecía era estar en su casa, en su sofá, con una manta y un bote de helado de dulce de leche de medio litro en el que ahogar sus penas. Así estaban las cosas para ella, en plena crisis emocional y sin posibilidad de escapada de aquel bosque. Cualquiera que oyera sus pensamientos creería que estaba inmersa en una película de terror, junto al asesino más despiadado de la historia del cine. Hundió la cabeza en el saco con tristeza. Pero lo cierto era que el hombre del que huía, aunque pareciera inofensivo, tenía la capacidad de acabar con ella, con su estabilidad y la red de seguridad que había tejido en torno a su vida. Él no podía imaginar lo que significaban sus palabras, su declaración y el miedo que provocaban. Se decía a sí misma que era una persona fuerte, pero cuando se trataba de poner su corazón en juego, cualquier barrera erigida para protegerla era pequeña.

No tenía miedo al compromiso, ella sabía comprometerse, tal vez demasiado, pues para ella era todo o nada. Era otra cosa y si no era capaz de ponerle nombre, ¿cómo iba a explicárselo a él? Miró su reloj y supo que cada uno de los minutos que restaban para la medianoche serían eternos. Aún más, no creía que fuera capaz de pegar ojo hasta el día siguiente sabiendo que la estaría esperando.

Se metió en el saco y dio la espalda a sus compañeras de cabaña. No tenía nada contra ellas. Silvie Maple era quizás demasiado estirada

como para que hubiesen sido amigas fuera de allí, pero a pesar de que era consciente de que no estaba del todo de acuerdo con que hubiese desorganizado su agenda para el campamento, sabía que todo lo que hacía era pensando en el bien de los niños. Y con eso, ya se había ganado su simpatía. Con Lidia, la ex señora Brody, había tenido la oportunidad de hablar un par de veces ese día, y enseguida le había caído bien. Pasaba demasiado tiempo criticando a su ex, al tiempo que estaba pendiente de cada uno de los movimientos del mismo, lo que le hacía pensar que aún había brasas encendidas en la hoguera de su relación. Por lo demás, le pareció divertida y vivaracha. Tanto como para tener entretenida a la señorita Maple con una animada conversación. No la molestaban, tenía demasiadas cosas en su cabeza como atender a sus palabras.

Una hora más tarde, sin embargo, se incorporó en la cama, como si hubiese despertado de un pequeño letargo, y se dio cuenta de que la cabaña estaba a oscuras y sus compañeras habían caído en brazos de Morfeo. Inmediatamente miró su reloj de pulsera y comprobó con sorpresa que habían pasado veinte minutos de la medianoche. No había acudido a la cita, y aquello tenía que haberla hecho sentir orgullosa de sí misma por contenerse a la tentación, pero no fue así. Sintió que había perdido algo grande, que había dejado en su interior un vacío insalvable.

De manera repentina, sintió que no había oxígeno suficiente en aquella cabaña que aliviase la presión de su pecho y antes de pensarlo siquiera, se puso las zapatillas deportivas, cogió su chaqueta y, colocándola sobre el pijama, salió al exterior. La luna brillaba radiante

en el cielo estrellado. Durante unos segundos contempló aquel manto oscuro salpicado de diamantes y casi tuvo ganas de sonreír. Entre los recuerdos que atesoraba de su hermana estaban las acampadas familiares. A Tammy le gustaba contemplar el firmamento; de hecho, habría estudiado astronomía de no haber caído enferma.

Pero su hermana ya no estaba, era la más grande de las pérdidas que había tenido en su vida, aunque no la única, sí la que le dolería para siempre. Comenzó a caminar, pensando que un paseo la ayudaría a organizar sus pensamientos. Rodeó la cabaña y entonces, haciendo imposible que eso ya fuese a suceder, vio a Kyle sentado en los troncos que rodeaban la hoguera, aún esperando. Primero se quedó petrificada. Había dado por hecho que cuando viese que no aparecía, se marcharía y olvidaría aquella atracción irracional y estúpida. Pero no había sido así. ¿Cuánto habría estado dispuesto a esperar por ella?

Para cuando pensó que debía huir de allí, él levantó la mirada y la clavó en la suya con serenidad. Con una templanza que la sobrecogió.

—Gracias por venir. Francamente, no lo esperaba —dijo levantándose e invitándola a acercarse.

—La verdad, yo tampoco. —Y contradiciendo a sus palabras, caminó hacia él.

Cuando él la invitó a sentarse a su lado, se preguntó qué diablos estaba haciendo. ¿Dónde habían quedado relegadas su fuerza de voluntad, sus convicciones, la lista de impedimentos que se había estado repitiendo desde que habían hablado en los baños?

—Veo que Sophie te ha devuelto el anillo, me alegro. Sé que es

importante para ti.

De todos los inicios de conversación que podía haber imaginado, aquel fue el que más le sorprendió. Sobre todo porque dudaba que él supiese lo mucho que significaba aquella joya para ella.

—Era de tu hermana, ¿verdad? —preguntó tomándola de la mano para admirarlo.

—Sí, pero, ¿tú cómo sabes eso? —No apartó la mano y eso hizo que comenzase a sentir el pulso, latiéndole allí donde él la sujetaba con los dedos.

—Sé muchas cosas de ti. Durante meses, Owen me ha estado contando anécdotas de su hermanita. Te quiere mucho y admira tu valentía. Habla tanto de ti que llegué a pensar que quería organizar una cita entre nosotros. —Sonrió, pero a ella no le hizo ni pizca de gracia. Sobre todo, porque aquello significaba que no se había equivocado con las intenciones de metomentodo de su hermano. No sabía qué le habría llegado a contar sobre ella, y lo más preocupante: ahora estaba en clara desventaja ante Kyle.

—Menudo bocazas. —Frunció el ceño—. A mí no me dijo nada sobre ti.

—Supongo que no le vio sentido al comprobar que yo no estaba interesado.

—¡Vaya! ¿Y eso por qué? —preguntó casi ofendida.

Kyle sonrió y se dio cuenta de que había sido demasiado transparente.

—No me gustan las citas a ciegas. Como padre soltero mis amigos a menudo creen que mi felicidad no estará completa hasta que

incluya una mujer en nuestras vidas, pero yo no opino igual. No me gusta forzar las cosas, y evito todas las encerronas que intentan hacerme, por tentadora que pueda parecerme la mujer en cuestión. Además, no sabía que eras tú.

Aquella última frase salió de su boca con una entonación más grave e íntima, que hizo que clavase la mirada en sus labios seductores. Se recriminó una vez más por ser tan débil como para caer en la tentación cada vez que él hacía lo más mínimo. Pero, además, ¿cómo no hacerlo cuando le habían gustado cada una de sus palabras?

—De haberlo sabido, ¿habrías cambiado de idea?

—De haberlo sabido, habría ido a buscarte en ese mismo momento.

Andrea se quedó un segundo hipnotizada con la intensidad de su mirada y después sacudió la cabeza negando con vehemencia.

—¡No puedes decir eso!

Kyle elevó una mano y la posó en su mejilla, haciendo que se detuviese al instante.

—¿Por qué no? ¿Por qué es una locura que haya recordado el beso que nos dimos en aquel armario durante más de quince años? ¿Acaso no lo has hecho tú?

—Sí, pero eso es distinto. Fue mi primer beso, ¿quién no recuerda su primer beso?

—La pregunta es, por mi experiencia, ¿quién no recuerda un beso cuando ha sido el mejor que ha experimentado en su vida?

—¿Lo recuerdas así? —preguntó atónita.

—Sí, hasta esta mañana.

La mención de su encuentro matutino hizo que las imágenes se abrieran paso en su mente haciendo que sus mejillas ardieran otra vez.

—¡Vaya labia tienes! ¿Es tu mejor arma en los juzgados? —preguntó con una sonrisa nerviosa.

—No se me dan mal las palabras, sobre todo porque siempre soy sincero. Es más fácil convencer a otros cuando crees en lo que argumentas.

Bien, estaba claro que no iba ganarle en una batalla dialéctica. Era directo, embaucador y convincente, pero todo eso no mermaba la lista de impedimentos que había entre los dos. No alteraba el hecho de que no podía poner en juego su vida, su corazón, esperando que aquello no fuese más que un capricho adolescente. Ambos habían ensalzado el recuerdo de su primer encuentro convirtiéndolo en algo inigualable, único. Pero las relaciones eran mucho más. Quiso ir directamente al grano, a las cosas que hacían que fueran de dos mundos tan diferentes como irreconciliables. Y clavando la mirada en la suya, le preguntó;

—¿Qué hay de la madre de Sophie?

—¿Qué pasa con ella?

—Kyle, era una de las mujeres más bellas del mundo. ¿Quieres que crea que después de haber tenido una relación con alguien tan… perfecto te interesa alguien como yo?

Kyle resopló con fuerza y aquellas nubes tormentosas que vio en su mirada el día de la cena en su casa, volvieron a aparecer.

—Tienes razón. Hayden era una de las mujeres más bellas del mundo, pero no por lo que todo el mundo veía de ella: su físico y

apariencia. Era inteligente, sagaz y muy irónica, vehemente y tremendamente cabezota. ¡Dios! Cuando algo se le metía en la cabeza, no había forma de hacerla cambiar de idea. Como cuando quiso ser madre. Pero yo era incapaz de negarle nada.

Había tanto amor en su declaración que Andrea se vio conmovida al instante. Kyle sacudió la cabeza como si necesitase centrarse para proseguir y bajó la mirada.

—Nos conocimos cuando la representé en una batalla legal contra sus padres. No era ningún secreto que Hayden era adoptada. No conoció a sus progenitores biológicos hasta que estos descubrieron que su hija había triunfado como modelo y que ganaba tanto dinero como para no solo vivir de su imagen sino del imperio que levantó en torno a ella. Y en cuanto reconocieron a la gallina de los huevos de oro, se les despertó el instinto paternal. Pero ese es otro tema, y no quiero desviarme —apuntó, enderezándose—. Lo pasó mal, muy mal, y yo fui testigo cada día del proceso. Una noche, en mi despacho, dejó caer por fin la fachada de entereza que usaba con el resto del mundo y se abrió a mí. Pasamos la noche hablando y compartiendo anécdotas de nuestras vidas y antes de darnos cuenta, nos habíamos convertido en los mejores amigos.

—¿Mejores amigos? —No era eso lo que esperaba oír.

—Era fácil con ella. No era como las mujeres que había conocido, se parecía más a mí de lo que jamás hubiese imaginado. Incluso en el gusto por las mujeres.

No pudo evitar abrir los ojos de par en par, sorprendida.

—Sí, Hayden era homosexual. Y siendo una de las mujeres más

deseadas del mundo, había decidido llevar su orientación sexual en secreto. Creía que perjudicaría su carrera y no estaba dispuesta a que hicieran leña de los muchos logros que había conseguido ella sola. A nadie le importaba con quién se acostaba, salvo a ella, y yo la apoyé siempre.

Cada vez más preguntas se amontonaban en la mente de Andrea, pero a pesar de lo mucho que le costaba, guardó silencio para dejarlo continuar sin interrupciones.

—No me sorprendió la noche que me dijo, cenando, que había decidido ser madre. Ya me había comentado en alguna ocasión que era uno de sus sueños y que tarde o temprano intentaría tener una familia. Lo que no esperé fue que quisiera que yo fuese el donante para su inseminación. Me pareció una locura, yo no estaba en ese punto, no me había planteado formar una familia, tener descendencia y relegar mis proyectos profesionales por anteponer a alguien más que no fuera yo. Pero eso no era lo que ella me estaba pidiendo. Necesitaba un donante, pero no le valía cualquiera. Según ella, yo tenía todo lo que hubiese buscado de haber sido hetero. —Kyle sonrió, recordando las palabras de su amiga.

—Y accediste.

—Era difícil no hacerlo cuando la felicidad de tu mejor amiga dependía de ello —suspiró—. El acuerdo era que yo sería el tío Kyle. No sé en qué momento nos pareció que era un plan realizable, pero debíamos estar muy borrachos, porque ahora no creo que hubiese podido quedar relegado a ese simple papel.

Se pasó la mano por el cabello como si lo que estaba a punto de

contarle fuera la parte más difícil de la historia. Y no pudo evitar entrelazar los dedos con los suyos en un gesto íntimo. Kyle la miró y sonrió de una forma que hizo que aleteara su corazón.

—Y murió. Dando la vida a su sueño, a su bebé, a lo más preciado para ella. En el parto hubo complicaciones y nada más nacer Sophie, Hayden entró en parada cardíaca. Lo último que vio fue a su pequeña, y después la luz de sus pupilas se apagó para no volver a encenderse nunca más.

Las lágrimas escaparon de los ojos de Andrea, imaginando el trágico momento. Cuando se dio cuenta de que su compasión era lo último que él necesitaba, se limpió el rostro con rapidez.

—Yo la acompañaba en el parto y los médicos pusieron en mis brazos a un bebé, mientras veía abandonar la vida del cuerpo de mi amiga. Había intentado separarme emocionalmente de esa pequeña vida durante el embarazo, pero ya no la podía evitar. Había llegado al mundo y solo me tenía a mí. A un padre que no la había buscado, que ni siquiera había esperado ocuparse de ella, que sinceramente no se veía capaz. Pero mi hija me miró, y en el momento en el que tomó mi dedo con su manita, aferrándose a él con la misma fuerza con la que había vivido cada día su madre, supe que jamás podría separarme de ella y que daría hasta mi último aliento por ser el mejor padre del mundo. A menudo creo que me sobrepasa y que no lo estoy haciendo todo lo bien que lo habría hecho Hayden, pero…

Andrea no pudo escuchar una palabra más y posando una mano en su mejilla, lo besó en los labios. Fue un beso de comprensión, reconfortante, cálido, íntimo… delicioso. Y rápidamente se abrió paso

entre ellos esa necesidad, esa urgencia que hacía que se llamasen sus pieles, sus almas, esa fuerza arrolladora que no les permitía estar lejos el uno del otro. Sintiendo que le faltaba el aliento, Andrea despegó los labios de los suyos y se miraron tocándose el alma, para terminar por unir sus frentes, abrumados.

CAPÍTULO 16

La noche se les hizo madrugada tan rápido que ambos hubiesen querido poder detener el tiempo. Cuando Kyle la acompañó hasta la puerta de su cabaña, los centenares de besos que habían compartido eran pocos y las caricias insuficientes para saciar tanta hambre y necesidad. Pero ambos tenían la sensación de, con las confidencias que habían compartido durante aquellas horas, haber conectado de una forma tan abrumadora como maravillosa y a la vez alarmante, por la rapidez con la que habían sucedido las cosas. Andrea hundió el rostro, una vez más, en el pecho de Kyle, que la abrazó con fuerza contra él, como si quisiera atraparla para siempre. Y lo peor para ella era pensar que por primera vez quería ser atrapada. Respiró su aroma masculino y sintió en la mejilla el calor que emanaba del cuerpo masculino. El corazón de Kyle latía atronador en su pecho y supo que lo último que debía hacer era dañar aquel enorme y generoso órgano. Él ya había pasado por demasiado, y si no estaba dispuesta a seguir con aquello, debía cortarlo cuanto antes.

—Mi compañero de cabaña me va a abandonar mañana por la noche —le dijo él, con la barbilla apoyada en su cabeza.

—¿El señor Brody? —«¡Qué pregunta más estúpida, Andrea!», se dijo a sí misma pues era evidente que solo podía ser él. Pero la sugerencia velada que ocultaban aquellas palabras, era sencillamente desconcertante.

—Quiere darle una sorpresa a su exmujer y ha alquilado a Aylin y Eric otra cabaña para organizarle una velada romántica.

—¡Vaya! Pues puede que tenga éxito porque creo que Lidia, en su fuero interno…

Kyle la detuvo en cuanto vio que empezaba a hablar a toda velocidad, evitando su siguiente movimiento.

—¿Quieres pasar la noche conmigo?

Andrea lo miró con ojos de cervatillo asustado.

—He dicho a pasar la noche, no he insinuado nada más —se explicó él con una sonrisa a todas luces pícara.

Andrea contuvo la suya apretando los labios.

—Un tío que está tan bueno como tú, no creo que invite mujeres a su cabaña solo para charlar o jugar a las cartas.

—No sabes lo mucho que me gusta jugar a las cartas… —Voz ronca y aterciopelada. Sí, Andrea sabía que era una trampa mortal, pero cuando él depositó un beso lento y prolongado sobre sus labios, se vio a sí misma cayendo, mientras asentía como una boba.

—Perfecto —le dijo él posando una mano en su mejilla para volverla a besar.

Y con esa dulce despedida, se marchó de camino a su cabaña.

Andrea se adentró en la suya con una sonrisa tonta y suspiros por doquier. Se dirigió en una nube hasta su cama tan embobada que chocó con una mochila y las botas de la señorita Maple. Se tapó la boca antes de dar un gritito de sorpresa y miró a un lado y a otro petrificada como una estatua, esperando que ninguna de sus compañeras se percatase de su llegada a esas horas. Por suerte no se movieron del sitio y ella se acostó enterrando el rostro en el saco, como minutos antes lo había hecho en el pecho de Kyle. Una pregunta

surgió entonces su mente: ¿tendría salvación o estaba irremediablemente perdida para siempre?

***

Andrea se metió otra cucharada de leche con cereales en la boca, sin dejar de mirar a Kyle, en la mesa de enfrente, que charlaba animadamente con Eric. Estaba agotada y tenía mucho sueño por la noche en vela, pero él parecía estar como una rosa. Eso le molestó. ¿Por qué tenía que estar siempre tan irresistible? No era justo, se dijo frunciendo el ceño e introduciendo otra cucharada en la boca de manera mecánica.

—¿Está enfadada con mi padre? —Sophie se dejó caer a su lado en el banco y, apoyando el codo en la mesa, la miró con curiosidad.

—¡No! Claro que no —repuso ella rápidamente, sacudiendo la cabeza sorprendida por la interrupción y el comentario.

—Bien. Lo parecía por su forma de mirarlo —Sophie se encogió de hombros, aceptando apartemente su negativa—, pero no he venido por eso. Necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Qué necesitas?

—Pues verá, sé que para hoy ha organizado un juego por equipos. Por ahí se habla de chicos contra chicas —apuntó en tono confidente, como si se tratase de un chivatazo a la poli—, pero yo no quiero competir contra Nico. Parece que empezamos a llevarnos bien y para que eso siga así, no podemos participar en equipos contrarios. Soy muy competitiva y dejarle ganar no forma parte de mi ADN. ¿Me explico?

—Perfectamente. Quieres que organice los equipos para que

ambos estéis en el mismo, por el bien de vuestra amistad y para no herir su orgullo.

Sophie asintió, y volvió a apoyar la mano en la barbilla.

—Hecho, pero con una condición. —Aquello sorprendió a la niña que enderezó la postura, expectante.

—¡Vaya! No esperaba un precio a cambio.

—Será uno pequeño, lo prometo.

—Es justo —concedió la pequeña—. ¿Cuál?

—Tienes que empezar a tutearme.

Sophie se echó hacia atrás y entornó la mirada como si sopesase esa idea.

—Solo tuteo a mis amigos —declaró muy seria.

—Tal vez sea hora de que empecemos a serlo. —Andrea le ofreció la mano invitándola a sellar el trato, y Sophie, tras mirar a Nico, se la estrechó.

—Gracias por el favor, Andrea.

—De nada, Sophie.

Y con la misma rapidez que había comenzado la conversación, finalizó, al levantarse la niña y abandonar el banco. Andrea la observó marcharse por encima de su hombro y se percató de lo bien que le caía. Al girarse se encontró con la mirada interrogante de Kyle, que al parecer había presenciado la escena. Y como única respuesta, se encogió de hombros, fingiendo no tener ni idea de a qué se refería. Después se levantó a dejar su tazón del desayuno, ya terminado.

***

La gymkana fue de lo más divertida y casi compensó las dos

horas de círculo de confianza sobre los celos. Pero Andrea había estado segura de poder recuperar el ánimo de los pequeños con la sesión de historias de miedo que había organizado en torno a la hoguera de esa noche, como preludio a la de Halloween, que era la siguiente. Una vocecita en su cabeza le decía que aquel plan nocturno con los pequeños no había sido ingeniado solo por ellos, sino que también quería retrasar su cita con Kyle. Y si era completamente sincera consigo misma, era cierto.

En su vida había estado tan dividida como ese momento. Una parte de ella estaba ansiosa por ir a su encuentro, por dejarse llevar, por sentirlo, por disfrutar de su cuerpo, de su conversación, de las cosas que le hacía sentir. Pero otra, la que la había mantenido a salvo desde que su ex la dejó, le gritaba que se alejase a toda prisa. Le imploraba que buscase una salida antes de que fuera tarde para ella y de hacerle más daño a él. Y durante todo el día, esta última, había estado ganando las batallas que se luchaban en su mente.

Pero ni un millón de batallas perdidas pudo evitar que, cuando todos se marcharon a sus cuartos, y Kyle le ofreciera su mano para que lo acompañara al suyo, ella la tomara y lo siguiera. Estaba claro, no tenía nada más que pensar y decir. No podía resistirse a él. Había estado creyendo que si no le entregaba su cuerpo tal vez podría salvar su alma, pero ya le había entregado su corazón. Quería amarlo, a pesar del miedo a perder, a pesar de temer ser abandonada como en su día lo hizo su hermana, y su ex, y de alguna manera hasta sus padres, que tras la muerte de Tammy, y no pudiendo soportar pasar los días, los meses y años en la misma casa en la que habían visto

enfermar y perder a su pequeña, se habían dedicado a viajar y alejarse del dolor. Pero ella se había quedado allí, sufriendo. El único que había estado con ella había sido Owen, pero él también tenía su vida; una mujer y un hijo maravillosos. Y al final, a ella solo le quedó intentar cumplir sus sueños.

Se rebeló contra todo; las expectativas, su carrera, lo que se esperaba de ella, y se centró en aquel objetivo. En la última conversación que tuvo con su hermana, esta, mientras ella lloraba desconsoladamente, le había pedido que viviese por ella, que aprovechase cada minuto y empezase a hacer lo que realmente le aportaba felicidad.

Sabía que, en ese momento, Tammy se refería a su trabajo, pero estaba convencida de que, de haber conocido a Kyle y ver la sonrisa que provocaba en sus labios, la habría animado a abrir al fin su corazón.

CAPÍTULO 17

Cuando ambos entraron en la cabaña, Andrea ya no pensaba, solo sentía. El corazón latiendo con fuerza, la excitación anidándose en su vientre, el calor palpitante que llamaba con urgencia a las caricias desde los pliegues más íntimos de su sexo. Y Kyle debió sentirse igual, porque tras cerrar la puerta, la apoyó contra esta y se apoderó de su boca, como si cada minuto de ese día hubiese sido eterno para él, aguardando aquel momento.

—Se que dije que pasar la noche juntos no significaba que tuviéramos que hacer nada, pero me equivoqué. Quiero hacerte mía. Necesito sentirte y estar dentro de ti. —Su voz sonó tan ronca por el deseo, y cargada de tanta necesidad que Andrea se erizó por completo.

—Pues, ¿a qué esperas? —fue lo único que consiguió contestar.

La sonrisa pícara de sus labios fue borrada de un plumazo por la embestida salvaje de la boca de Kyle, que introdujo la lengua en su boca, apoderándose de lo que ya era suyo. Demostrándole que jamás querría que otros labios la besaran. Solo los suyos, con su sabor de cereza.

—Kyle… —le susurró al oído en un hilo de voz.

Él se separó ligeramente para perderse en su mirada castaña. Estaba tan afectado como ella. Se quedó absorto mirando con devoción sus labios, luego sus ojos, y volvió a sus labios como si necesitase beber de ellos por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Tienes dudas? —preguntó rezando mentalmente para que no

le diera una respuesta afirmativa.

—¿Estás loco? —dijo ella, riendo, con una mezcla de nervios en el estómago que esperó que no la hicieran hipar—. Estás demasiado bueno para dejarte escapar, al menos esta noche —añadió y se mordió el labio con picardía.

Kyle no pudo menos que sonreír con ella.

—Deja de cosificarme. Si te entregas a mí ahora, es porque piensas seguir haciéndolo una y otra vez. Un día detrás de otro. Un mes tras otro. Un año…

Andrea no lo dejó terminar y fue ella la que se apoderó de su boca con desesperación. Sonaba muy bien, demasiado bien.

No encendieron la luz. La luna llena brillaba majestuosa para ellos inundando la cabaña con sus rayos plateados. No era el lugar más romántico del mundo, pensó Kyle. Y su cama, individual, a duras penas conseguiría contener los dos cuerpos, pero no importaba. Cuando la guio hasta ella, él se detuvo y Andrea quiso echarle los brazos al cuello para besarlo apasionadamente, pero la detuvo.

—Espera…

Se colocó tras ella y la despojó de la cazadora. Después le sacó la camiseta haciendo que sus dedos rozaran los costados del torso de Andrea, que encogió el vientre con la caricia, lenta y tortuosa. Cuando rodeó su cintura, apretándola a él y besó el hueco de su cuello, toda su piel se estremeció de placer. Pero no tuvo mucho tiempo para deleitarse en las sensaciones, porque Kyle ya había empezado a desabrocharle los botones del vaquero. Cuando lo hizo descender por debajo de sus caderas, de un solo y firme tirón, supo que él la iba a

llevar al borde de la locura. Aún más cuando posó una mano en su vientre plano y, memorizando con sus yemas el recorrido, fue subiendo lentamente por su estómago. La respiración de Andrea se aceleró cuando sintió que llegaba entre sus pechos, que abarcó con ambas manos, masajeándolos por encima del encaje de su sujetador. Andrea no resistió la tentación de arquearse, y al hacerlo su trasero chocó contra la potente erección que escondía Kyle en sus pantalones. Lo que lo volvió loco. Tomó las tiras de su sujetador y las deslizó por sus hombros y brazos haciendo que estas descendieran los suficiente como para liberar sus pechos, ahora expuestos para él, que los contemplaba desde atrás. Los tomó, con la piel desnuda, y bajo la mirada sorprendida de Andrea acarició sus cumbres, endureciéndolas, mientras arrancaba jadeos ahogados de la boca femenina. Siguió acariciándola, pero con la otra mano tomó su barbilla e hizo girar su rostro para bebérselo con la mirada. Pero esto no lo distrajo de su siguiente objetivo. Le quitó el sujetador y abandonó su pecho para volver a descender hasta su vientre, apretándola contra su erección.

Kyle, desde su posición, podía ver sus pechos erguidos que subían y bajaban excitados, por la respiración agitada. Se deleitó con la sacudida que sufrieron cuando alcanzó el filo de sus braguitas. No iba a esperar un segundo más e introdujo su mano bajo la prenda para acariciar la piel, hasta ese momento prohibida para él. Andrea recibió la caricia en su pubis níveo e increíblemente suave, regalándole un nuevo gemido que él atrapó en su boca con un nuevo beso, girándole la cabeza.

Era suya, estaba totalmente rendida a sus caricias y pensaba

hacerle cada una de las cosas que había soñado que le haría. Se emborracharía de su cuerpo de diosa hasta perder la cabeza.

Presionó los dedos contra su clítoris y la apretó aún más, haciendo que su trasero se frotase contra la férrea erección que pugnaba por ser liberada. Siguió acariciándola más íntimamente, recorriendo con las yemas cada recóndito rincón de su sexo, abriendo sus labios vaginales para él e introduciéndose en el centro de su dulce humedad. No tardó en sentir cómo ella se convulsionaba; Andrea apoyó la cabeza en su hombro, elevó las manos y se aferró a su cabello mientras oleadas devastadoras de placer la recorrían, como corrientes eléctricas que la poseyeron desde el vientre hasta su sexo henchido y palpitante. La sintió caer sobre su pecho y, girándola rápidamente, se agachó para tomarla en sus brazos. Tenía el rostro arrebolado y enajenado por el orgasmo que acababa de disfrutar. Pero si pensaba que podría hacer con ella lo que quisiese, estaba muy equivocado. Cuando Andrea elevó el rostro y se enfrentó a él, Kyle quedó hechizado por su fuerza salvaje. No, definitivamente ya no era la niña dulce del armario.

Antes de percatarse de sus intenciones, sintió que lo empujaba sobre la cama, y para deleite de sus ojos, la vio moverse provocativa, mientras se despojaba de los vaqueros y se descalzaba las zapatillas con los pies. Él no quiso ser menos y, a pesar de estar echado en la cama, se desnudó con premura, sobrecogido con la visión de su escultural cuerpo que lo dejó sin aliento.

Andrea contuvo la respiración al tener a la vista cada uno de sus cincelados músculos, su ancho pecho, su abdomen prieto, y su… ¡Dios,

mío! Se sentía como una quinceañera novata, pero es que su erección era sobrecogedora.

—Me sigues cosificando —le dijo él con una sonrisa pícara, que Andrea borró de sus labios, cuando fue hasta él y se colocó a horcajadas sobre su cuerpo.

Hipnotizado.

Solo podía describir así como se sentía. El cabello de Andrea caía en una cascada hacia un lado y eran tan arrebatadoramente bella que supo que podría hacer con él lo que le diera la gana. Estaba a su merced por entero. Mucho más cuando empezó a mover las caderas, al tiempo que se inclinaba sobre su cuerpo y, haciendo que sus pezones erectos acariciasen su pecho, comenzó a besarlo con una sensualidad que lo llevó al delirio. Cuando lamió uno de sus pezones y sintió la oleada de placer que encogió su vientre, supo lo perdido que estaba. No podía dejar que ella llevara las riendas o quedaría como un adolescente imberbe, perdiendo el control.

No perdió el tiempo y se colocó sobre ella, sin dejar caer el peso sobre su cuerpo. Le apartó un mechón de cabello del rostro para poder perderse en su mirada ceñuda, nada conforme con que hubiesen cambiado las tornas. Dispuesto a borrar el enfado de su hermoso rostro, empezó a torturarla.

Invadió su boca con la lengua, devastándola y poseyéndola. La deseaba más de lo que había deseado en toda su vida a una mujer. Gimió contra sus labios y comenzó a bajar por su cuello en un camino encendido de besos que pasaron por su clavícula y descendieron hasta uno de sus pechos de piel aterciopelada. No tardó ni un segundo en

introducirlo en su boca y saborearlo con ansia, arrancando un gemido de los labios de Andrea, que lo alentó a continuar con su succión tortuosamente endiablada. Andrea elevó las caderas, enardecida, contra su erección.

No podía más. Necesitaba estar dentro de ella. Se colocó entre sus piernas y la penetró de una gran embestida. Andrea se aferró a sus hombros; clavando los dedos en su piel se arqueó buscando ser poseía por completo. Gimió acompañando el gruñido que escapó de la garganta de Kyle al sentirse rodeado por la cavidad estrecha y acogedora de su sexo. Levantó la vista, buscando perderse en su mirada castaña. Y no la apartó de ella ni un solo segundo mientras la embestía una y otra vez. Mientras la hacía suya por fin. Esperó hasta que ella se abandonó a un nuevo orgasmo, apretando las paredes de su sexo en torno al suyo, henchido y desbocado, y se derramó en su interior, marcándola como suya por primera vez.

CAPÍTULO 18

Sophie colocó con orgullo sobre la repisa de la chimenea apagada el trofeo hecho por Andrea y confeccionado con ramas, piñas y hojas que habían ganado en la competición de ese día. Había sido una buena carrera y la había disfrutado más que nunca porque, por primera vez, había tenido un compañero al que respetaba. Tenía que agradecer a Andrea que los hubiese puesto juntos a Nico y a ella, y lo haría al día siguiente, en cuanto se levantasen.

Se sentó en su cama y observó el trofeo con satisfacción.

—Mírala, ya se está chuleando —dijo la primera de las gemelas Brody, Lindsey.

Sophie encogió la mirada al escucharla, pero decidió no seguirle el juego. Aquel día habían estado trabajando con la señorita Maple el tema de los celos, y sabía que era exactamente lo que estaba presenciando porque no habían conseguido ganarles. Pero la decisión de ignorar a las gemelas duró lo que tardó en ver cómo Hannah iba hasta su trofeo y, con premeditación y alevosía, lo empujaba hasta hacerlo caer al suelo. Este quedó destrozado en el acto. Y entonces sintió que la furia más apocalíptica se apoderaba de ella.

—¿Qué acabas de hacer, niñata? —le dijo, frenética, yendo hacia ella con la mirada centelleante.

Hannah dio un paso atrás al verla fuera de sí. Pero recobró el valor cuando su gemela se colocó a su lado haciendo frente común. Ambas se cruzaron de brazos y levantaron la barbilla, desafiándola a enfrentarse a las dos.

—¿Creéis que me asustáis, matonas de tres al cuarto? Eso es lo único que tenéis, fuerza. Porque sois más ineptas que mis calcetines —escupió las palabras poniendo las manos en las caderas.

—¿Qué significa ineptas? —preguntó Hannah.

—Creo que nos acaba de llamar tontas —le explicó la otra. Y luego ambas le lanzaron una mirada entornada y ceñuda.

—Muy tontas —replicó sin achantarse, siendo ella la que se cruzó de brazos en ese momento—, además de tener problemas emocionales que tratar. Yo de vosotras me lo haría mirar.

Hannah levantó el puño, como si estuviera dispuesta a lanzarle un puñetazo, pero Lindsey se lo impidió. Sophie dio gracias interiormente. De las gemelas, Hannah era la más corpulenta y parecía una salvaje, con el cabello rojizo siempre revuelto.

—Déjala, hermanita. No merece la pena. ¿No ves que está amargada?

—¿Y tú por qué crees que será? —repuso la otra a modo de pregunta, aunque a Sophie no se le escapó que parecían compinchadas y ansiosas por decírselo.

—Pues porque no la quiere ni su padre. Su madre era homosexual y cuando murió, su padre tuvo que hacerse cargo de ella, aunque no la quería.

Sophie abrió los ojos de forma desorbitada, apretó los puños y se acercó a ellas un pasó.

—¡Retira eso inmediatamente, rata mentirosa!

—¡No mentimos! —dijeron al unísono, pero fue Lindsey la que se explicó—. Lo oímos ayer cuando salimos por la noche a buscar a

nuestra madre porque Hannah tenía… un problema —se corrigió, antes de soltar ante su rival que su hermana se había hecho pis en el saco—. Él se lo estaba contando a Andrea en la hoguera. ¡Ah! Y por si no lo sabías, ahora son novios. Se estaban besuqueando.

Que su padre besara a Andrea no le sorprendía, pero lo que habían dicho de su madre, de su padre… No era tonta, su padre siempre le había dicho que su madre y él eran los mejores amigos, ¿pero acaso no lo son todas las parejas? En su mente empezó a atar cabos, retazos de frases que su padre le había ido diciendo a lo largo de sus casi ocho años, y a los que nunca había dado importancia. Hasta ese momento.

Su cara de estupor mientras daba un paso atrás llenó de satisfacción a las gemelas, que no tardaron en irrumpir en carcajadas mientras la señalaban. Sophie sintió que las lágrimas empezaban a pelear por salir de sus ojos, haciendo que estos le escociesen mientras la rabia, la decepción y el dolor se apoderaban de ella. No iba a dar el gusto a aquellas niñas malvadas de ponerse a llorar delante de ellas y antes de que eso sucediese, salió de la cabaña corriendo.

***

Las primeras luces del alba se filtraban por la ventana cuando Andrea despertó por unos golpes en la puerta. Al abrir los ojos se percató de que seguía en la cabaña de Kyle y de que reposaba parcialmente sobre él. Se frotó los ojos y apartó el pelo enmarañado de su rostro antes de escuchar de nuevo más golpes.

—Kyle, están llamando a la puerta —le dijo mientras lo zarandeaba con suavidad.

Él se incorporó en el acto, sobresaltado, y al hacerlo ella cayó del filo de la cama, contra el suelo.

—Lo siento… perdona —farfulló él, queriendo ayudarla a levantarse.

—No importa, la puerta. Están llamando a la puerta —repitió colocándose a cuatro patas para levantarse y frotándose el trasero sobre el que había caído.

Kyle sonrió al verla.

—Estás muy sexi por la mañana —declaró, sin dejar de sonreír.

Andrea, avergonzada porque sabía que lo último que estaba en ese momento era sexi, se tapó el rostro con un brazo y sacudió el otro para que se marchara de una vez. En cuanto él se dio la vuelta, se enrolló en la sábana de la cama. Él al menos iba en ropa interior, debía haberse puesto el bóxer durante la noche, pero ella estaba completamente desnuda.

—¿Sí? —preguntó Kyle tras la puerta, sin abrir.

—Señor Paterson, soy Nico. —Andrea abrió los ojos, desorbitadamente cuando Kyle se giró a mirarla por encima del hombro. Le hizo señales para que se ocultara y ella fue corriendo a esconderse tras la puerta. Solo entonces, Kyle abrió.

—¡Nico! ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? —le preguntó disimulando.

—Sí, señor. Yo estoy bien, pero es Sophie…

—¿Sophie? ¿Qué le pasa a Sophie? —Su voz sonó cargada de urgencia.

—Ha desaparecido. ¿Está aquí? —preguntó—. Las gemelas han

venido a buscarla a mi cabaña, por si había venido a por mí, pero no es así. Dicen que se marchó hace horas y no ha vuelto aún.

Andrea salió de su escondite al escuchar aquella horrible declaración, al tiempo que Kyle contestaba consternado.

—No, aquí no está. No ha venido.

—¡Tía, Andy! ¿Qué haces aquí? —preguntó Nico encogiendo la mirada.

—Ahora no importa, enano. Repite eso de que ha desaparecido —lo instó a hablar mientras lo hacía pasar y cerraba la puerta tras él. Kyle ya había empezado a vestirse.

—Solo sé eso… que se marchó anoche y nadie la ha visto desde entonces —repitió mirándolos alternativamente—. No le habrá pasado nada malo, ¿verdad?

—Claro que no, cielo. Pero para asegurarnos, vamos a buscarla, ¿vale? ¿Puedes avisar a Aylin y Eric? Ellos conocen la zona mejor que nadie.

—Claro… —repuso el niño confuso y preocupado.

—Gracias. Ahora nos vemos —dijo Andrea con una sonrisa forzada. Y cerró la puerta nada más salir su sobrino.

Estaba tan preocupada como él, pero no podía hacérselo notar. Cuando se giró, Kyle estaba atándose las botas. Andrea fue hasta la cama y empezó a vestirse a toda prisa. No le costó encontrar su ropa, tirada en el suelo. Se vistió y calzó las zapatillas, que con las prisas no se había molestado en desatar la noche anterior, en absoluto silencio. Kyle no había dicho una palabra, pero su cara de angustia y preocupación eran más que reveladoras. Solo pensaba en su hija.

—Seguro que está bien. Ha debido esconderse en algún sitio. Será una chiquillada —dijo intentando quitar gravedad al momento.

—Sophie no hace chiquilladas —fue lo único que contestó él, antes de abandonar la cabaña sin esperar a que lo siguiera.

CAPÍTULO 19

Eric tardó apenas unos minutos en organizar la pequeña partida de búsqueda. La señorita Maple se quedó con los niños, mientras las otras tres parejas se repartieron el terreno que rodeaba el campamento para registrarlo en busca de Sophie. No habían conseguido más información de las niñas de la cabaña que aquello que ya sabían: Sophie se había marchado al comienzo de la noche. No sabían ni por qué, ni hacia dónde. Y la preocupación era máxima, porque además de que la pequeña no conocía la zona, durante la noche las temperaturas bajaban lo suficiente como para que, sin un lugar en el que resguardarse, se hubiese quedado helada.

El agobio, el miedo y la angustia fueron aumentando conforme fueron pasando los minutos y las horas. Kyle estaba cada vez más desesperado y silencioso y Andrea no sabía cómo reconfortarle, porque sabía que no había nada que ella pudiera decirle aliviaría su desasosiego. Sophie era su niña, y no podía imaginar las cosas que estarían pasando por su cabeza sobre su paradero y estado. Ella, que era de fértil imaginación, aunque intentaba ser positiva, cuanto se le ocurría lo descartaba al instante de su mente, por ponerse en el peor de los casos.

—Hemos llegado al linde que nos había marcado Eric en el mapa —dijo de repente él rompiendo el silencio, pasándose la mano con desesperación por el rostro tras echar un nuevo vistazo al mapa que les había dado el dueño del campamento.

—Tal vez deberíamos deshacer nuestros pasos. No creo que

Sophie haya sido capaz de recorrer tanto camino ella sola. Tiene que estar más cerca del campamento.

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees? —le espetó él escupiéndole las palabras.

Andrea dio un paso atrás, sintiendo que estas habían impactado en su piel. Tragó saliva. No merecía que él le hablase así, pero sabía que estaba sufriendo por la impotencia.

—Lo siento. No he debido… Tú no tienes la culpa —dijo él, pero seguía apretando los dientes.

—Nadie la tiene —dijo ella con suavidad.

—¿Nadie? ¿En serio?

—Claro que no… Quién podía imaginar algo así.

—Si hubiese sido el padre que debía, yo. ¡Yo tenía que haberme dado cuenta de que algo le pasaba! Es mi hija, pero estaba demasiado ocupado en…

—En mí —terminó la frase ella por él, que solo tenía que buscar en su rostro para ver la culpabilidad.

Lo peor de aquella afirmación fue que no la negó. Solo la miró un instante, pero en sus ojos había un vacío insalvable que hizo estremecer a Andrea. No podía verlo así, y estaba claro que no la quería allí, recordándole que la noche que habían pasado juntos había sido un gran error.

—Seguiré buscándola cerca del campamento —se limitó a decir sintiendo que el corazón se le desgarraba dolorosamente.

No quiso pensar en él, sólo importaba Sophie. Encontrarla y ponerla a salvo. Y así se lo repitió como un mantra todo el camino de vuelta al campamento. Estaba segura de que habían pasado algo por

alto. Como bien había dicho Kyle, aunque fuese una niña, Sophie era demasiado sensata. Y eso contradecía la teoría de que se hubiese alejado sola, en mitad de la noche, adentrándose en el bosque. Las niñas debían saber algo más. La habían visto marcharse, sabrían al menos el estado en el se que se encontraba cuando lo hizo.

Intentó llamar al campamento para hablar con la señorita Maple y que esta interrogase a las pequeñas sobre el tema, pero no tenía cobertura. Maldijo entre dientes y, apretando el paso, sin dejar de registrar su entorno, se encaminó al campamento. Cuando finalmente lo vio a lo lejos, no lo podía creer. Ella no era muy dada a hacer caminatas ni ningún tipo de deporte, pero creía que no había corrido tanto en su vida. Sintió cierto alivio y siguió caminando hacia las cabañas. Y entonces, algo llamó su atención; el autobús amarillo de la escuela que los había llevado hasta allí. El corazón empezó a latirle con una fuerza atronadora, guiado por una corazonada. Si ella hubiese querido esconderse de niña, allí es donde lo habría hecho.

Cuando llegó hasta el vehículo estaba ya sin aliento. Se acercó a la puerta trasera y, poniéndose de puntillas, echó un vistazo al interior. Cuando vio una pequeña manita en el suelo, entre los asientos, su corazón se detuvo. Empezó a golpear la puerta de cristal con desesperación, mientras gritaba su nombre. Sophie no tardó en levantarse y mirarla, perpleja. Andrea sonrió aliviada, nerviosa y emocionada, y corrió hacia la puerta delantera. Al empujarla, esta se abrió y Andrea corrió hacia ella. Sophie se lanzó a sus brazos y en el instante en el que estos la recogieron, rompió a llorar.

Sus gritos al llamarla debieron alertar a la señorita Maple y los

niños porque, en cuestión de segundos, Andrea los oyó fuera del autobús. Cuando la orientadora subió los peldaños, sin soltar a Sophie, que seguía con el rostro hundido en su pecho, le dijo;

—Silvie, ¿puede llamar a Kyle para avisarle de que Sophie está a salvo?

—Por supuesto —repuso la mujer rápidamente, aliviada. Salió y, viendo que necesitaban algo de intimidad, mantuvo a los niños apartados del vehículo.

—Sophie, cariño, ¿estás bien?

Un asentimiento y una posterior negativa fue lo único que Andrea consiguió como respuesta. Era evidente que no estaba preparada para hablar, pero solo saberla a salvo le sirvió. La mantuvo abrazada y dejó que desahogase su llanto en ella, que la acunó y acarició su cabello amorosamente. Los minutos se hicieron eternos en aquel silencio roto por el llanto y los pequeños hipidos de la niña, que se estremecía cada pocos minutos. Se preguntó muchas veces en ese rato qué habría dañado el corazón de la niña para romperla así. Pero sabía que ella no diría nada a nadie salvo a su padre. Por suerte, Kyle no tardó en llegar hasta el bus. En cuanto lo hizo, Andrea se apartó para que fuera él quien la consolase. Y, dejándoles intimidad, salió, no sin antes ver a padre e hija llorando uno en brazos del otro.

***

—¿Estás segura de esto? ¿No quieres esperar y marcharte con el resto en el autobús? —le preguntó Aylin ayudándola con el equipaje de Nico.

—Sí, a no ser que te venga mal acercarnos hasta el pueblo —

repuso Andrea.

—No, claro que no. Tengo que acercarme a por víveres de todas formas, y a reponer el alijo de Eric de claras de huevo —añadió su nueva amiga, con una sonrisa que no pretendía más que restar seriedad al momento.

—Después de lo de Sophie, la señorita Maple ha decidido dar por finalizado el campamento, por lo que no tiene sentido permanecer más. Nico y yo tomaremos otro bus en el pueblo. Ya he visto en internet que salen para la ciudad cada dos horas.

—Sí, por eso no vais a tener problemas —le confirmó Aylin—. Espero que al menos te hayas divertido estos días, Nico —preguntó a su sobrino, que afirmó con solemnidad.

No había podido despedirse de Sophie porque desde que la encontraron había estado encerrada en la cabaña de Kyle, hablando con él. Andrea le había prometido que en cuanto llegasen a la ciudad la llamaría para asegurarse de que estaba bien, pero le había explicado que, le pasase lo que le pasase, ahora debía solucionarlo con su padre y que no podían hacer nada por ayudarla.

Estaba plenamente convencida de ello, pero tampoco soportaba la idea de estar allí un segundo más sabiendo que, de alguna manera, Kyle pensaba que lo que había pasado entre ambos había sido un error. Y lo peor, tal vez tuviese razón. Con lo que había ocurrido todos sus miedos volvieron a hacer acto de presencia, recordándole lo peligroso que era abrir su corazón. El problema era que ahora no solo lo tenía roto por Kyle, sino por Sophie. Porque la niña le gustaba mucho y ahora que se alejaba de ambos por la carretera se daba

cuenta del hueco que se había abierto en su corazón sin pretenderlo siquiera.

Había sido una ingenua, había bajado la guardia, se había enamorado devastadoramente y ahora sí que se quedaría rota.

Capítulo 20

—¡Enano! ¡La cena ya está! —volvió a llamar Andrea a Nico, pero una vez más, no obtuvo respuesta.

Salió de la cocina con el ceño fruncido, secándose las manos con un trapo y, caminando por el pasillo, se dirigió al cuarto de su sobrino. Antes de llegar a la puerta, oyó que hablaba con alguien. Se detuvo un segundo con prudencia pero creyendo que se trataría de sus padres, terminó por abrir con tiento.

Nico se sorprendió al verla y puso cara de haber sido pillado infraganti.

—¡Hola! ¿Son tus padres? —preguntó en un susurro.

—Tengo que dejarte, luego hablamos —terminó él su conversación y colgó rápidamente, dejando el teléfono inalámbrico sobre su colchón. Entrelazó los dedos sobre su regazo y dijo:

—Es del cole. —Aquella escueta explicación y su gesto apurado le dijeron que no estaba siendo del todo sincero.

—¿Estás seguro? —interrogó, apoyando la cadera en el marco de la puerta y colocándose el trapo sobre el hombro.

—Completamente. —Mismo gesto y postura.

—Eeeestaaaá biiiiien. Como tú quieras. Pero si vas a hacer algo ilegal, avísame antes, que no sé si tengo dinero suficiente en casa para la fianza —dijo ella y después se dio la vuelta—. ¡Por cierto, la cena está lista! —gritó desde el pasillo.

Un par de minutos más tarde, Nico apareció en la cocina mostrándole las manos limpias para sentarse a la mesa. Andrea tomó

la quiche de la bandeja del horno y la colocó en una fuente redonda. Después se sentó a la mesa junto a su sobrino y sirvió un pedazo en cada plato. Ambos se quedaron mirando las porciones, embelesados y con la cabeza en otro sitio.

Andrea sabía bien dónde estaba la suya; en las nubes. Allí donde nadie pudiera alcanzar sus tristes pensamientos, su dolor. Si hubiese estado sola en casa, se habría permitido toneladas de autocompasión, mucho helado, unas buenas llantinas y decenas de Kojak de cereza. Pero estaba en casa de su hermano y su cuñada y no iba a dejar que su sobrino la viese así. Tenía que ser fuerte y aguantar estoicamente. Aunque ya había tenido que esconderse un par de veces en el cuarto de la lavadora para soltar alguna que otra lagrimita rebelde que se empeñaba en desquebrajar su plan de comportarse.

Habían llegado esa misma mañana y ya le parecía que hacía días que se habían marchado del campamento. Intentaba estar todo el tiempo ocupada, y eso la había llevado a hornear varias decenas de muffins que esperaba quisieran llevarse los niños que tocaran al timbre esa noche con el truco o trato. De lo contrario, a Nico y a ella los iba a encontrar la policía con una sobredosis de azúcar.

—¿Y tú por qué no comes? —preguntó a su compañero de mesa que ni había tocado el plato—. Pensé que te gustaba…

—Y me gusta, pero no quiero empacharme. Hay que dejar sitio para las chuches.

Andrea alzó una ceja sin creer lo que acababa de oír.

—¿Las chuches? Si a ti no te gustan las chuches. Además, me dijiste hace unos días que, y cito textualmente, «Halloween es una

celebración grotesca que usan los mayores para ponerse en ridículo, y los niños para atiborrarse hasta vomitar».

Nico tragó saliva, pero alzó la barbilla.

—Lo sé, esas fueron mis palabras exactas, pero lo he pensado mejor. Tenías toda la razón, tía Andy. Soy demasiado joven para perderme este tipo de cosas por mis prejuicios. Y si no disfruto ahora, puede que me arrepienta cuando sea mayor.

Ni una palabra. Andrea no creyó ni una palabra y entornó la mirada, suspicaz.

—¿Quieres decir que estás dispuesto a disfrazarte y a que vayamos puerta por puerta haciendo truco o trato?

Al escuchar lo de disfrazarse, Nico volvió a tragar pero esta vez su gesto hizo que pareciese que engullía espinas. Sin embargo asintió, para sorpresa de Andrea. Y se dijo que tendría que grabar cada minuto de esa noche para enviárselo a sus padres, que no la iban a creer en la vida.

—Está bien, si es lo que quieres, será lo que haremos. Pero de dejar hueco a las chuches, nada de nada. Tómate la quiche mientras pienso un par de buenos disfraces y después, ¡a celebrar Halloween! —dijo sin entusiasmo, porque realmente, aunque fuera su festividad favorita, ese año no estaba para celebraciones.

***

—Solo una más —le pidió Nico, y Andrea puso los ojos en blanco.

No lo entendía, solo había que ver la cara de su sobrino para saber que aquella salida estaba siendo una autentica tortura para él.

Mucho más cuando los únicos trajes que había conseguido ingeniar en una casa en la que no había absolutamente nada para disfrazarse, eran los de Mario y Luigi. Ella había tomado prestado del armario de su cuñada un peto vaquero de cuando estuvo embarazada de Nico, una camiseta roja de su hermano, una gorra, un cojín para metérselo como tripa y un frondoso bigote que se había pintado con lápiz de ojos. Nico iba con su peto vaquero, que ya de por sí odiaba ponerse, camiseta y gorra verde y otro espeso bigote que ya se había restregado, rascándose, varias veces.

Por eso, porque sabía que no estaba disfrutando ni una pizca, no entendía por qué insistía tanto.

—Solo una más, ¡vamos! La última, lo prometo —alegó levantando la mano a modo de juramento.

Andrea suspiró.

—Está bien. Esa de ahí. Tiene muchos adornos, seguro que también han comprado las mejores chuches.

—Ummm, no sé. Prefiero esa. —Señaló otra.

—En esa solo han puesto un pie cortado, colgado de la puerta. Con suerte te van a dar una bolsa de pasas. —Encogió el gesto en una mueca desagradable, pero Nico ni se inmutó.

—Pero prefiero esa —se mantuvo firme.

A Andrea ya no le quedaban suspiros que soltar, así que terminó por asentir.

—Bien, si va a ser la última, vayamos cuanto antes —concedió.

Y entonces, por primera vez desde su vuelta del campamento, Nico sonrió. La mueca de asombro seguía presente en su cara cuando

la puerta se abrió y no pudo cambiar el gesto porque la persona que les recibió fue Lidia Brody. Andrea parpadeó varias veces, dando tiempo a que el señor Brody también apareciera en el marco.

—¡Andrea! ¡Qué sorpresa verte aquí! —le dijo Lidia y fue a abrazarla.

—Creo que la sorpresa es mutua —repuso ella, mientras Lidia hacia esfuerzos por abrazarla, a pesar de la gran barriga de Andrea que se interponía entre las dos.

—Esto empieza a parecer una reunión del campamento, ¿verdad, cariño? —preguntó la mujer a su marido. Lo que daba a entender a Andrea que aquellos dos se habían reconciliado en el bosque. Se alegró por ellos, al menos a alguien le había servido la escapada.

—Desde luego, pasad, pasad. No os quedéis en la puerta —los invitó Steve. Y echándose a un lado, les dejó hueco para hacerlo.

Andrea no tenía muchas ganas de quedarse, y solo se introdujo hasta el recibidor. Estaba a punto de poner una excusa para que Nico y ella pudiesen salir de allí, cuando vio aparecer por la puerta del salón a Sophie y Kyle. Y, por consiguiente, su corazón, dejó de latir. Petrificada en el sitio, vio que Sophie guiñaba un ojo a Nico, y supo que acababa de caer en una encerrona.

—Nos vamos —declaró girándose. No podía estar en la misma habitación que él. De hecho, gran parte de sus pensamientos de aquel día habían sido para averiguar cómo podía seguir con las tutorías especiales de Nico y el resto de actividades que hacía este con Sophie, sin coincidir con su padre.

—¡No, por favor! —repuso rápidamente Lidia—. Sophie y el

señor Paterson han venido porque nuestras hijas debían una enorme disculpa a Sophie. Según parece, nuestros angelitos —y la cara de circunstancias de Lidia no tuvo precio—, escucharon una conversación privada entre Kyle y tú sobre la madre de Sophie, y decidieron meterse donde nadie las había invitado.

Andrea vio la sonrisa tensa de la mujer, que sin duda estaba abochornada. Steve también parecía dispuesto a que se lo engullese la tierra y las gemelas, detrás de Sophie, bajaron la cabeza rápidamente. Intuyó que todo aquello iba de la conversación que mantuvieron en la hoguera, y Andrea tuvo que tragar saliva.

—¿Estás bien, Sophie? —fue lo único que quiso preguntar.

La niña asintió, sonriendo y dio la mano a su padre.

—Sí, papá y yo lo hemos arreglado todo.

—Me alegro mucho por ti. —Le devolvió el gesto—. Por los dos —apuntó, pero cuando su mirada se cruzó con la de Kyle y sintió que perdía el aliento, la desvió rápidamente—. Nosotros es mejor que nos vayamos… —Se dirigió a la puerta, pero Nico la detuvo, tomándola de la mano.

—¡Vamos tía Andy, es el momento! ¿Recuerdas? —le preguntó en un susurro, a pesar de que todo el recibidor estaba en silencio y los seis pares de ojos estaban pendientes de ellos—. Me dijiste que era de valientes dar el primer paso.

Andrea cerró los ojos y tomó aire con profundidad. Era el consejo que le había dado para cambiar su relación con Sophie, pero Nico no podía entender que aquella situación era muy distinta, que ella ya había decidido lanzarse al vacío cuando él quitó la red de sus

pies.

—Nico, lo cierto es que el que tiene que dar ese paso soy yo. —La voz de Kyle sonó contundente en el recibidor, y Andrea tuvo más ganas que nunca de salir corriendo.

Abrió la puerta y salió a la calle, buscando oxígeno. Chocó contra un chico disfrazado de cuervo y otro de Jon Snow, pero consiguió bajar los escalones que iban hasta la calle, rezando para que Nico la siguiera. Pero no tuvo tanta suerte, porque el que la detuvo antes de llegar a la acera fue Kyle, rodeando su muñeca con los dedos.

—Andrea, por favor. —Se detuvo en seco, con el corazón latiendo a tanta velocidad que creyó que le estallaría en el pecho provocándole una muerte súbita.

—¿Por qué no lo dejamos así? Estamos a tiempo… —quiso argumentar con una sonrisa tan triste que no llegó a sus ojos.

—Para mí ya es tarde. Me temo que estoy perdida y absolutamente enamorado de ti. —Posó una mano en la mejilla de Andy y el calor de la misma le abrasó la piel—. Aunque tengo que reconocer que nunca pensé que haría una declaración como esta a una mujer con semejante bigote.

Aquel comentario le recordó a Andrea las pintas que llevaba y, sin querer, se vio sonriendo avergonzada y cubriéndose el mostacho con la mano.

—No, no te tapes, tienes la boca más bonita y apetecible que he visto jamás, con bigote y todo.

Andrea se mordió el interior del carrillo, intentando dejar de reír, pero le resultaría muy difícil si él seguía diciéndole esas cosas.

Aún así, hizo un esfuerzo por centrarse. No podía dejar que él la embaucase con su labia de letrado.

—Kyle…

—Andrea…

—¡Déjame hablar! —protestó—. Tarde o temprano hay que decirlo, mejor que sea ahora, en este momento. Porque ambos sabemos que no va a funcionar. Estuvimos a punto de cometer el error de llevar esto un paso más allá, pero nos dimos cuenta rápido de que hay demasiadas variables. No sería fácil.

—El amor no es fácil, ni juicioso, ni tiene sentido sin correr riesgos. Es una aventura, y yo quiero vivirla contigo. Sé que me encerré cuando creía que estaba perdiendo a mi hija. Entré en pánico.

—Es lógico, nos habría pasado a cualquiera —apuntó ella, que de veras lo creía así.

—No a ti. Tú estuviste genial. Y mi miedo no era por lo nuestro, por lo que siento cuando estoy contigo, sino por mí. Desde que nació Sophie creo que vivo un sueño que no me pertenece. Y temo no estar a la altura y equivocarme no haciendo lo mejor para ella. Me centré en ese sentimiento cuando tenía que haberme dado cuenta de que solo intentabas ayudarme, y que el amor también es jugar en equipo. Llevo mucho tiempo ocupándome de todo solo y no supe gestionarlo. Necesitaba hablar con mi hija, aclararle muchas cosas que no le había contado por creer que era demasiado pequeña, y por las conclusiones que podía sacar de una historia tan especial como la de su madre y la mía.

Andrea bajó el rostro cuando Kyle tomó sus manos, y dio un

paso más hacia ella.

—Pero cuando salimos de la cabaña, te busqué. Solo quería hablar contigo, compartir lo que había pasado, abrazarte y besarte. Disculparme y abrirte mi corazón. Y entonces descubrí que te habías marchado. Sin mirar atrás, sin una palabra de despedida.

—Yo también estaba confusa. Me había costado mucho dar el paso de entregarme a ti en cuerpo y alma y, cuando más expuesta me encontraba, sentí que todo cambiaba entre nosotros. Tenía miedo de que te fueras de mi vida y me rompieras el corazón.

—Jamás haré eso, Andrea. Incluso después de marcharte, no te di por perdida. No iba a dejar que te me escaparas, después de haberme costado tanto reencontrarte. Iba a dejar que pasase esta noche y presentarme mañana en casa de tu hermano. Pero parece que los niños han sido más rápidos que nosotros.

Ambos miraron hacia la casa y los vieron en la puerta, sonrientes y satisfechos al verlos cogidos de las manos.

—Pero ahora necesito que me respondas, porque nada de lo que te he dicho tendrá sentido si tú no quieres embarcarte en esta aventura conmigo. Porque tienes que saber que te amo, y que creo que ese día, en el armario, me marcaste como tuyo, porque jamás he sentido esto por alguien.

Kyle sonrió y las comisuras de sus labios se alzaron de una forma tentadora que la volvió loca. Colocó un dedo sobre sus labios y detuvo su discurso. Andrea tomó aire y con él, el valor que necesitaba para hacer su declaración.

—Yo también te amo. Y me apunto a esa aventura, con una

condición.

—¿Cuál? —preguntó él alzando una ceja, al tiempo que la rodeaba por la cintura para pegarla a su cuerpo.

—Que llenes mis días de besos de cereza.

Kyle se mordió el labio, sonriendo, justo antes de decir:

—Me has leído el pensamiento.

Mientras se besaban, ninguno de los dos pudo percatarse de que en la entrada, los niños grababan con el móvil de Kyle para inmortalizar el momento.

EPÍLOGO

Owen y Gabriela abrieron la puerta de su hogar con sigilo. No habían avisado ni a Nico ni a Andy de su llegada porque querían darles una sorpresa. Su vuelta se había adelantado un par de semanas y, aunque les habría gustado poder terminar su labor de ayuda médica, no les había quedado otra opción. Hacía dos días que habían descubierto que Gabriela estaba embarazada y como en su día ya tuvo un embarazo complicado con Nico, querían que la gestación fuera controlada por el obstetra desde el inicio. Su único consuelo era que por fin volvían a reunir a la familia justo para Acción de Gracias.

Gabriela tuvo que silenciar a su marido con un gesto cuando este hizo chocar las ruedas de su maleta contra el marco de la puerta. Owen hizo una mueca de disculpa y su mujer sonrió, apretando los labios para no hacer ruido. Dejaron el equipaje en el suelo, con sigilo, y cerraron la puerta lentamente hasta que solo se escuchó un pequeño «clic». Después, cogidos de la mano, se encaminaron hacia el salón, pero allí no había nadie. Se miraron y se encogieron de hombros a la vez. Gabriela señaló la puerta de la cocina y Owen asintió. Se fueron acercando despacio y, antes de abrirla, escucharon voces al otro lado. Se miraron, cómplices, y se prepararon para pillarlos desprevenidos y darles la gran noticia. Apoyaron cada uno una palma sobre la madera de la puerta y, a la de tres, la abrieron, gritando al unísono:

—¡Sorpresa!

Cuatro pares de ojos se clavaron en ellos, con desconcierto y un silencio sepulcral. Y entonces Owen se dio cuenta del momento que

habían interrumpido.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó adentrándose, seguido por Gabriela que estaba tan atónita como él.

Kyle alzó las cejas e hizo una mueca antes de dirigirse a él.

—Amigo, te lo explicaré todo en cuanto reciba una respuesta.

—¿Una respuesta? ¡No puede ser! ¿Te está pidiendo…? —Empezó a preguntar Gabriela a su cuñada llevándose una mano a la boca, mientras con el brazo rodeaba a su hijo, con el que estaba deseando fundirse en un abrazo.

Andrea sonrió, radiante, y asintió.

—¿Esa es una respuesta para ella o para mí? —quiso saber Kyle, ya poniéndose nervioso. Nunca había pedido matrimonio, y ya llevaba cinco minutos con la rodilla hincada en el suelo y los brazos extendidos, sujetando la cajita que contenía el solitario con un hermoso rubí que le había comprado a Andrea.

—Para ti, cariño. Sí, me casaré contigo.

Kyle no esperó más y, levantándose, la tomó entre sus brazos y la besó con codicia para sellar el compromiso al que acababan de llegar.

—¿Casarse? ¿Pero esto cuándo ha pasado? —preguntó Owen, atónito.

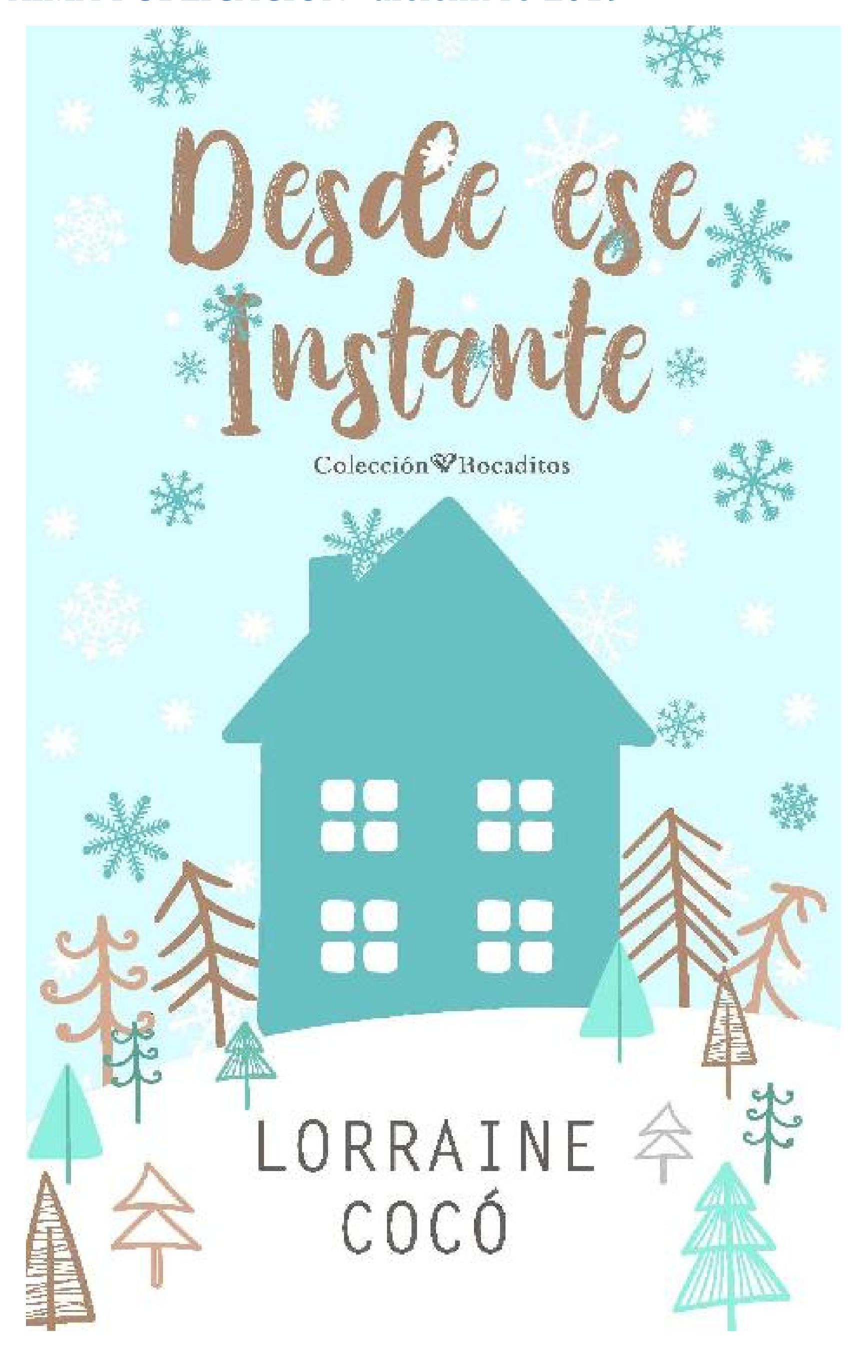
Lo último que había esperado al entrar era presenciar el momento de la pedida de mano de su hermanita. No le habían contado nada de esa relación. Aunque se sentía feliz por ellos, pues hacía meses que pensaba que harían una pareja perfecta. De hecho, había intentado, sin éxito, que tuvieran una cita.

—Pues la verdad, hermano, fue hace quince años, en un armario

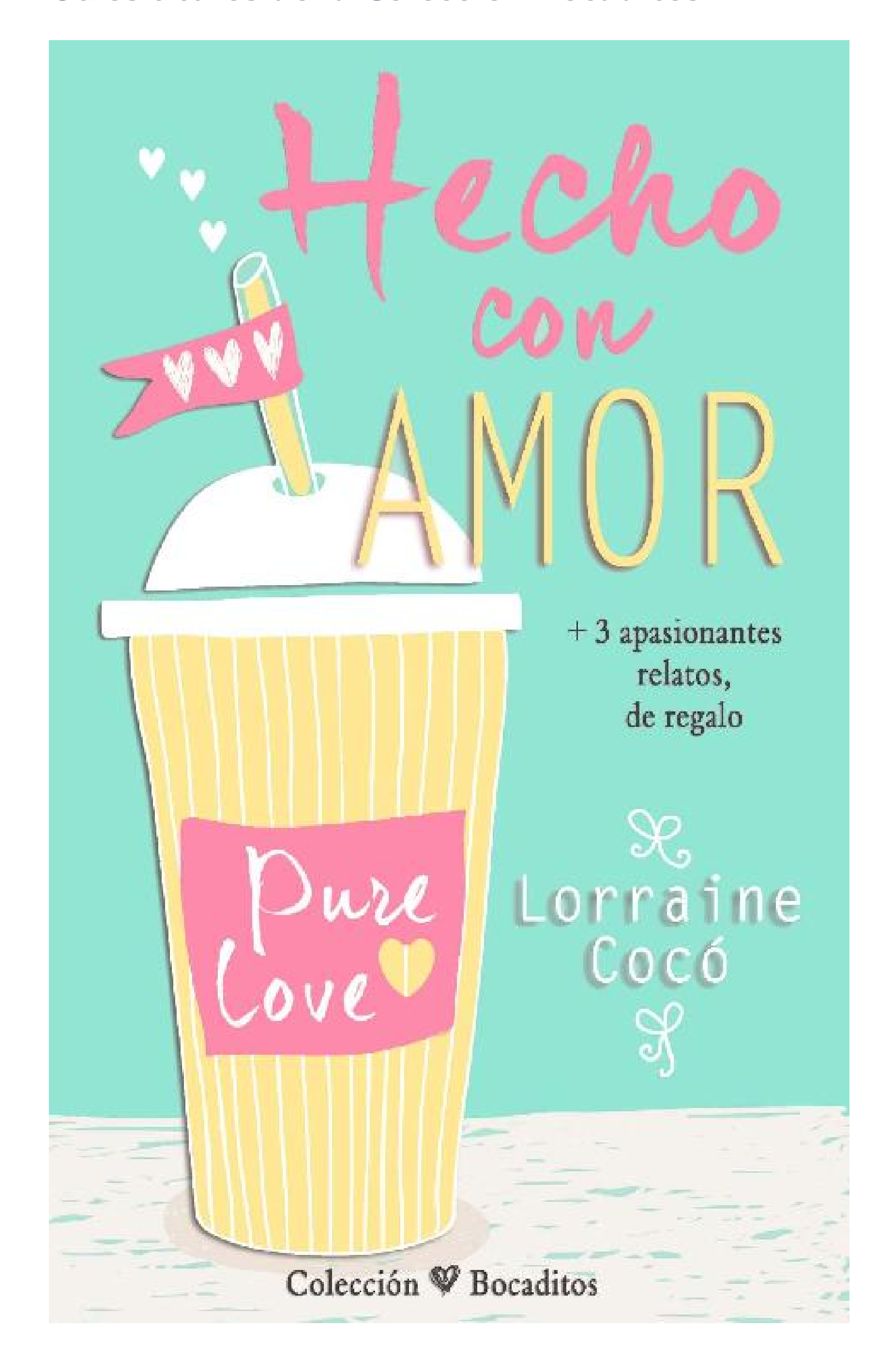
con olor a antipolillas y con un beso de cereza.

FIN

PRÓXIMA PUBLICACIÓN- diciembre 2019



Otros títulos de la Colección Bocaditos



LORRAINE
Cocó



RC
Ficción romántica
Colección Bocaditos





LORRAINE
COCÓ


AUTUMN
Passion LOVE
LORRAINE
CÓCÓ

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, suspense, new adult, o chick lit. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación, primero escribiendo poesía y más tarde a través de la novela y el cuento.

En mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequín Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada.

Con más de treinta novelas publicadas con gran éxito desde entonces, Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana – Editorial Harlequín Harper Collins

Ríndete, mi amor - Editorial Harlequín Harper Collins

Unidos por un ángel - Editorial Harlequín Harper Collins

Una boda sin fresas - Editorial Harlequín Harper Collins

Mi pequeña tentación - Editorial Harlequín Harper Collins

Gotas de chocolate y menta - Editorial Harlequín Harper Collins

Con la suerte en los tacones - Editorial Harlequín Harper Collins

Dulce como el azúcar - Editorial Harlequín Harper Collins

OTROS LIBROS:

La coleccionista de noches vacías.

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica´s Cocó

Besos de mariposa - Romántica´s Cocó

Los días grises y tu mirada azul- Romántica´s Cocó

Jugando a las casitas- Romántica´s Cocó

Como en una canción country- Romántica´s Cocó

SERIE PARANORMAL:

DAKATA - Romántica´s Cocó

La Portadora - Romántica´s Cocó

El destino de Noah- Romántica´s Cocó

Trilogía Semillas Negras

Bye Bye, Love- Romántica´s Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor - Romántica´s Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica´s Cocó

Sexy Summer Love - Romántica´s Cocó

Autumn Passion Love - Romántica´s Cocó

Besos de cereza- Romántica´s Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica´s Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica´s Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica´s Cocó

Lo que tomo de ti - Romántica´s Cocó

Todos ellos disponibles en digital, papel y KindleUnlimited